6225

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA LIBERTAD DE FLORENCIA,

DRAMA EN CINCO ACTOS.

MADRID.
Imprenta de José Rodriguez, calle del Factor, núm. 9.
1854.

10

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: *libreria de Cuesta, calle Mayor, núm. 2.*

PROVINCIAS.

Albacete.	Serna.
Alcoy.	V. de Martí é hijos
Algeciras.	Almenara.
Alicante.	Ibarra.
Almeria.	Alvarez.
Aranjuez.	Sainz.
Avila.	Rico.
Badajoz	Orduña.
Barcelona.	Viuda de Mayol.
Bilbao.	Astuy.
Burgos.	Hervias.
Cáceres.	Valiente.
Cádiz.	V. de Moraleda.
Castrourdiales.	García de la Puente.
Córdoba.	Lozano.
Cuenca.	Mariana.
Castellon.	Lara.
Ciudad-Real.	Arellano.
Coruña.	García Alvarez.
Cartagena.	Muñoz Garcia.
Chiclana.	Sanchez.
Ecija.	Garcia.
Figueras.	Conte Lacoste.
Gerona.	Dorca.
Gijon.	Ezcurdia.
Granada.	Zamora.
Guadalajara.	Oñana.
Habana.	Charlain y Fernz.
Haro.	Quintana.
Huelva.	Osorno.
Huesca.	Guillen.
Jaen.	Idalgo.
Jerez.	Bueno.
Leon.	Viuda de Miñon.
Lérida.	Sol.
Lugo.	Pujol y Masia.
Lorca.	Delgado.
Logroño.	Verdejo.
Loja.	Cano.
Málaga.	Casilari.
Mataró.	Abadal.
Murcia.	Mateos.
Motril.	Ballesteros.
Manzanares.	Acebedo.
Mondoñedo.	Delgado.
Orense.	Ferreiro.
Oviedo.	Palacio.
Osuna.	Montero.
Palencia.	Gutierrez é hijos.
Palma.	Gelabert.
Pamplona.	Barrena.
Palma del Rio.	Gamero.
Pontevedra.	Cubeiro.
Puerto de Santa Maria.	Valderrama.
Puerto-Rico.	Marquez.
Reus.	Prins.
Ronda.	Gutierrez.
Sanlucar.	Esper.
S. Fernando.	Meneses.
Sta. Cruz de Tenerife.	Ramirez.
Santander.	Laparte.
Santiago.	Sanchez y Rua.
Soria.	Rioja.
Segovia.	Alonso.
S. Sebastian.	Garralda.
Sevilla.	Alvarez y Comp.
Idem.	Hidalgo.
Salamanca.	Huebra.
Segorbe.	Clavel.
Tarragona.	Puygrubi.
Toro.	Tejedor.
Toledo.	Hernandez.
Teruel.	Cas illo.
Tuy.	Martz. de la Cruz.
Talavera.	Castro.
Valencia.	M. Garin.
Valladolid.	Hidalgo.
Vitoria.	Galindo.
Villanueva y Geltrú.	Pers y Ricart.
Zamora.	Calamita.
Zaragoza.	Pintor.

LA LIBERTAD DE FLORENCIA.

DRAMA EN CINCO ACTOS,

ESCRITO EN FRANCES POR EL CELEBRE ALEJANDRO DUMAS,

Y ARREGLADO AL TEATRO ESPAÑOL

por D. Laureano Sanchez Garay.

Y

D. CARLOS MARTINEZ NAVARRO.

Representado con extraordinario éxito en el teatro de Variedades la noche del 24 de diciembre de 1853.

MADRID.
Imprenta de José Rodriguez, calle del Factor, núm. 19.
1854.

PERSONAJES.

LUISA STROZZI.
LORENZINO.
EL DUQUE ALEJANDRO DE MEDICIS.
MIGUEL TABOLACHINO.
FELIPE STROZZI.
FRAY LEONARDO.
EL HUNGARO.
GIOMO.
MATEO.
BERNARDO CORSINI.
VITUORIO SACCHETTI.
GAETANO SACCHETTI.
UN CRIADO.
UN CARCELERO.
Soldados, Nobles florentinos.

La accion pasa en Florencia, año de 1536.

La propiedad de este drama pertenece al Director de la Galeria lírico-dramática El Teatro, *y nadie podrá sin su permiso reimprimirle ni representarle en los teatros de España y sus posesiones, ni en Francia y las suyas.*

ACTO PRIMERO.

Plaza de Santa María de Florencia.—A la izquierda del espectador, una pared cubierta de yedra y con almenas, por cima de las que se ven las copas de algunos árboles.—En el fondo, el convento de Santa Cruz; á la derecha una fila de casas; delante de esta y hacia el tercer bastidor, un pozo con adornos de hierro.—El teatro solo estará alumbrado por un farolito que arde delante de una Madona colocada en un nicho, en un ángulo del convento.

ESCENA PRIMERA.

El Hungaro, Giomo, *el primero estará sentado entre dos columnas teniendo una escala de cuerdas cerca de él. Giomo sale por la derecha, y se dirije á la puerta del convento.*

Hung. (*En voz baja.*) Giomo?
Giomo. Quién me llama?
Hung. Yo.
Giomo. Quién es?
Hung. Acercate.
Giomo. Ah! el Húngaro.
Hung. El mismo.
Giomo. Qué haces ahí encaramado como una lechuza?
Hung. Y tú que vas abuscar en ese convento?
Giomo. Voy á reunirme con su alteza el Duque Alejandro.
Hung. Pues yo le estoy esperando.
Giomo. No está en el convento de Santa Cruz?
Hung. No!
Giomo. No debia pasar la noche en él?

675342

HUNG. Sí, pero hemos encontrado á toda la comunidad en revolucion; una religiosa está espirando, no sé si ha muerto, lo cierto es que la abadesa al darle gracias, por el honor que la dispensaba le suplicaba se dignase volver otro dia.

GIOMO. Y qué ha hecho el Duque?

HUNG. Por no perder el tiempo, ha ido á ver á Teresa Sacchetí su antigua querida, y sin duda por hacer mas picante la aventura, me ha hecho poner esta escala en la tapia de su jardin que ha escalado como un florentino de tiempo de los Ubertti, encargándome le esperase aquí, y que te unieses con nosotros, si por casualidad te veia pasar.

GIOMO. Silencio, alguien se acerca.

HUNG. Sube y ponte la careta. (*Giomo se pone una careta y sube cinco ó seis escalones.*)

ESCENA II.

DICHOS, GAETANO *y* VITTORIO SACCHETTI *pasan por el fondo embozados.*

VITTOR. Llama quedito para que nadie nos oiga.

ESCENA III.

EL HUNGARO *y* GIOMO.

HUNG. Baja pronto, y mira dónde van esos hombres. (*Giomo baja la escalera, miran por donde se fueron Vittorio y Gaetano y despues vuelve al pié de la tapia.*)

GIOMO. (*A media voz.*) Han entrado en la primera puerta de la derecha.

HUNG. Esa puerta es la de esta casa.

GIOMO. Justamente.

HUNG. Cáspita! qué significa esto?

GIOMO. Está solo el Duque?

HUNG. (*Bajando á la escena.*) No, le acompaña ese condenado de Lorencino.

GIOMO. Entonces es como si lo estuviera.

HUNG. No, es peor.

GIOMO. Le avisaremos?

HUNG. Equivócate por casualidad, y verás cómo eres recibido.

GIOMO. Bah! tendrá su cota de malla y su espada, es verdad? (*El Húngaro hace una seña afirmativa.*) Pues con esas armas, el Duque no teme á cuatro hombres.

HUNG. Me ocurre una idea.

GIOMO. Cuál?

HUNG. (*Con misterio.*) Si Lorencino le hubiese hecho traicion.

GIOMO. Aun te duran tus antiguas sopechas?

HUNG. Mis antiguas sospechas se renuevan todos los dias, lo cual impide que envejezcan.

GIOMO. Estás loco, amigo mio.

HUNG. Creo por el contrario que soy el único que tengo juicio.

GIOMO. Crees que puede causar temor un hombre tan conocido como Lorencino?

HUNG. Conocido! y por qué?

GIOMO. Por un cobarde afeminado, que se desmaya en cuanto vé una gota de sangre.

HUNG. Y si Lorencino no fuese nada de eso y solo hubiera querido engañarnos?

GIOMO. Su reputacion, no es muy envidiable para que se hubiese tomado tanto trabajo por obtenerla.

HUNG. No todos las caretas son iguales, por eso cada uno elige la que conviene al disfraz que adopta.

GIOMO. Segun tu opinion, Lorencino lleva una careta?

HUNG. Mucho me equivocaré, si el dia que esa caiga no nos deja ver un rostro bien singular.

GIOMO. Qué te hace creer eso?

HUNG. Su persona toda... Te encojes de hombros? No cena todas las noches con el Duque?

GIOMO. Sí.

HUNG. No somos nosotros de la partida?

GIOMO. Sí.

HUNG. Pues bien; le has visto alguna vez borracho?

GIOMO. Al Duque, mil veces!

HUNG. No, á Lorencino. Ni una sola vez.

GIOMO. Eso prueba, que el vino no se le sube á cabeza.

HUNG. No, Giomo, lo mezcla con agua, y eso algo indica.

GIOMO. Bah! y por eso le juzgas?

HUNG. Por eso y por otras muchas cosas: dirás cuanto quieras, pero no puedo ver esos rostros de marmol, que semejan el busto de una tumba... El hombre es feliz ó desgraciado, teme ó espera, tiene goces ó padecimientos. Pues

bien, has notado emocion alguna que hiciese poner mas pálido ó mas encendido el color de Lorencino? Le has visto reir alguna vez? Le has visto llorar? Le has escuchado cantar en alguna orgía, ó rezar en alguna iglesia? No, creeme, es una lima sorda que trabaja en la oscuridad, y que muerde sin ruido. Cuál es el trabajo que ha emprendido? Lo ignoro; pero ten presente lo que te digo, cuando descubramos la mina que está escavando, cuando retrocedamos ante la obra infernal que maquina, acuérdate de las predicciones del Húngaro!

GIOMO. Por qué no le dices todo eso al Duque, tú que eres su confidente?

HUNG. Oh! Ya se lo he manifestado, mas de cien veces; pero no me ha dado crédito: todavía he hecho mas: antes de ayer pasamos la noche en casa de Uttimetta, como ya sabes.

GIOMO. Sí.

HUNG. Pues bien, cuando Lorencino bajaba del segundo piso por una cuerda, dije bajo al Duque: dejadme cortarla.

GIOMO. Y qué contestó?

HUNG. Haz lo que quieras; pero te advierto que si lo haces mandaré al verdugo que una los dos cabos, haciendo un nudo al rededor de tu cuello.

GIOMO. Canario! y es hombre de palabra.

HUNG. Por eso he jurado que sería la última vez que le hablaria al Duque de él, ya que le tiene hechizado.

GIOMO. Silencio, parece que oigo gritos... ruido de espadas!..

HUNG. Alerta, camarada, á alguien atacan, vete por la puerta, yo por aquí. (*Sube la escala y salta al jardin.*)

GIOMO. Corramos. (*Van por el fondo.*)

HUNG. (*Dentro.*) Defendeos, monseñor, aqui estoy yo. (*Continúa el ruido de las espadas, durante este intérvalo. Lorencino aparece en lo alto de la escala, salta precipitadamente la pared, atraviesa la escena en silencio, saca debajo de su capa una cota de malla, la echa en el pozo y se detiene á escuchar; á poco se oye un grito, cesa el ruido de espadas y todo queda en silencio.*)

ESCENA IV.

LORENCINO. *despues el Duque, luego el Húngaro y* GIOMO.

LOREN. (*A media voz*) Alli ha muerto uno, quién será? (*El Duque Alejandro aparece sobre la tapia del lado del jardin con la espada desnuda, y se queda mirando á Lorencino con los brazos cruzados.*)

DUQUE. Voto á brios! eres un escelente compañero, Lorencino. Nos atacan dos hombres, y me veo precisado, no solo á defenderme, sino tambien á guardar tu persona.

LOREN. Monseñor, ya me conoceis; así pues, tomadme como soy ó buscad otro compañero. Participaré de vuestros festines y de vuestros placeres, todo cuanto querais, pero en cuanto á vuestros duelos y á vuestras emboscadas, muchas gracias, Alteza, dejo ese honor, para los que sean mas locos ó mas valientes que yo.

DUQUE. (*Saltando de la escala á la escena.*) Cobarde!

LOREN. Teneis razon, cobarde... todo lo que vos querais, pero al menos tengo la ventaja sobre mis semejantes de no ocultarlo. (*Riéndose.*) Además, tengo yo una cota de malla como la vuestra, monseñor, que pueda infundirme valor?

DUQUE. (*Tentándose.*) Es verdad! Pero ahora que lo noto la he dejado en el cuarto de Teresa. (*Va á salir.*)

LOREN. (*Deteniéndole.*) Vais á vuscarla por ventura?

DUQUE. Por qué no?

LOREN. Preciso es que vuestra Alteza tenga el diablo en el cuerpo... esponerse por una miserable cota de malla.

DUQUE. Porque no encontraré otra que se ajuste tan bien.

LOREN. Monseñor, vuestra verdadera cota es vuestro valor.

DUQUE. Mi valor es para los que me atacan de frente; mi cota de malla para los que tratan de herirme á traicion. (*Mirando la hoja de su espada.*) Ah!

LOREN. Qué hay?

DUQUE. Que si no he matado al segundo es preciso que tenga siete vidas. Mi espada está teñida en sangre hasta los gavilanes. (*Al húngaro que aparece en lo alto de la escala.*) Qué hay, Húngaro?

HUNG. Monseñor, hay uno muerto, y otro casi espirando... Quiere vuestra alteza que le acabe?..

DUQUE. No, el silencio que han guardado al acometernos, me ha hecho concebir sospechas... Avisa lo acaecido al jefe de policía, y dá órden de arrestar al herido.

LOREN. Vámonos á Palacio, monseñor? me parece que dos estocadas en una noche es una cosa mas que regular.

DUQUE. (*Disponiéndose á marchar*) Y no los has conocido!

HUNG. No, Monseñor; está oscuro como boca de lobo; lo único que os puedo decir, es que uno ha caido en el vestíbulo, y el otro en el jardin.

GIOMO. (*Que ha descolgado la escala de la pared se dirige al Duque que se dispone á marchar.*) Por allí no, monseñor.

DUQUE. Por qué?

GIOMO. Porque vienen varios hombres por ese lado.

HUNG. Es verdad, monseñor, vámonos por aquí.

DUQUE. Tienes miedo acaso?

HUNG. Algunas veces, monseñor; y vuestra Alteza?

DUQUE. Nunca; y tú, Lorencino?

LOREN. Yo siempre. (*Vanse.*)

GIOMO. (*Siguiéndoles y encogiéndose de hombros.*) Hé aquí el hombre de quien el húngaro desconfiaba!

ESCENA V.

STROZZI, MIGUEL *y* MATEO.

STROZZI. (*Adelantándose con recelo.*) Creo que habia gente en esta plaza.

MIGUEL. Nada tiene de particular, pues sonaba la media noche cuando entrabamos por la puerta de Prato.

STROZZI. Detengámonos un instante; aqui deben reunirse Gaetano y Vittorio.

MIGUEL. No viven por estos alrededores?

STROZZI. Esa es la tapia de su jardin.

MIGUEL. Entonces no deben tardar.

STROZZI. Mateo, mientras aguardamos, vé á casa de mi hermana, y participala mi vuelta; infórmate si mi hija continúa á su lado, y si por cualquier motivo se hubiera tenido que separar de ella, averigua dónde se halla.

MATEO. Dónde os encontrare luego?

STROZZI. Aquí, ó en casa de Gaetano Sacchetti.

MATEO. Está bien. (*Váse por la izquierda.*)

STROZZI. (*Paseándose con inquietud. Miguel reclinado en el brocal del pozo.*) Les habrá sucedido algo, Miguel? No viene ninguno. Cuánta delantera nos llevaban?

MIGUEL. Mas de un cuarto de hora: los dejé en San Donato, y se dirigian en derechura á Florencia.

STROZZI. (*Pensativo.*) Es singular!

MIGUEL. (*Atravesando la escena, escucha.*) Silencio!

STROZZI. Qué hay?

MIGUEL. Me ha parecido oir un gemido.

STROZZI. En dónde?

MIGUEL. Por este lado.

STROZZI. Ves á ver qué es.

MIGUEL. Y vos ocultaos en la sombra de esa pared, á fin de no ser visto si pasa alguien. (*Miguel se aleja, Strozzi se oculta en la sombra de la pared, Lorencino enmascarado aparece por la derecha.*)

ESCENA VI.

STROZZI, LORENCINO, *enmascarado.*

(*Lorenzino se adelanta con recelo, y al llegar al pozo mira á su alrededor, y no viendo á nadie atraviesa la escena y va á dar tres golpecitos á la puerta citada en el primer bastidor de la derecha; despues retrocede algunos pasos, y da tres palmadas; á esta señal se abre una celosia y aparece Luisa.*)

LUISA. Eres tú Lorenzo?

LOREN. Sí, yo soy, amor mio, apresúrate á abrir.

LUISA. Allá voy. (*Cierra la celosia.*)

STROZZI. Oh! Florencia, Florencia! siempre la misma! con tus noches de serenatas, asesinatos y protestas de amor. (*La puerta se abre, Lorencino entra y cierra por dentro.*)

ESCENA VII.

STROZZI, MIGUEL.

MIGUEL. No me habia equivocado.

STROZZI. Qué hay?

MIGUEL. Al entrar Gaetano y Vittorio Sacchetti en su casa, han sido sorprendidos por el Duque Alejandro.

STROZZI. En su casa!.. Luego lo que se decia de Teresa es cierto?

MIGUEL. Sin duda; ambos han acometido al Duque que ha matado á Gaetano y herido á Victtorio.

STROZZI. Y cómo no pidieron auxilio?

MIGUEL. Para hacerse traicion y perdernos á todos?

STROZZI. Tienes razon, olvidaba que somos proscritos y nuestras cabezas valen diez mil florines.

MIGUEL. Herido como está se arrastraba hácia aquí para deciros que huyéseis.

STROZZI. Huir, y por qué?

MIGUEL. Porque no puede daros albergue en su casa, pues él mismo tiene que buscarlo en otra parte.

STROZZI. Y á dónde vá?

MIGUEL. A casa de Bernardo Corsini.

STROZZI. Solo y herido! Desgraciado, nosotros le vengaremos!

MIGUEL. Le he acompañado hasta la calle Rosdinelle.

STROZZI. Muy bien, Miguel.

MIGUEL. Al separarnos me dijo que estuviésemos tranquilos, pues ni las amenazas, ni los tormentos, le arrancarian una palabra de nuestro secreto.

STROZZI. Ya sabia que se podia contar con él.

MIGUEL. Teneis razon.

STROZZI. Miguel, tú puedes marcharte si quieres, el centinela que nos ha franqueado la entrada, no debe haber sido relevado, por consiguiente la fuga es fácil, y yo te devuelvo tu palabra.

MIGUEL. Señor, creí que me conociais mejor, ya que he entrado en Florencia, no saldré sin llevar acabo la empresa á que me he comprometido: os agradezco vuestro ofrecimiento, pero aunque vos huyeseis, yo me quedaria. (*La puerta del convento se abre, sale por ella Fray Leonardo.*)

ESCENA VIII.

DICHOS, *y* FRAY LEONARDO.

STROZZI. Quién es aquel monge?

MIGUEL. Un religioso franciscano.

STROZZI. Voy hablarle.

MIGUEL. Y yo tambien.

STROZZI. (*A Fray Leonardo.*) Padre, sois del convento de San Marcos?

FRAY. Sí, hijo mio.

STROZZI. Soy un proscrito. El asilo con que contaba no puede albergarme. Mi cabeza vale diez mil florines. Padre mio, en nombre de Sabonarole, quereis darme hospitalidad?

FRAY. Hijo mio, mi celda está á vuestra disposicion.

STROZZI. Padre, consideradlo bien, ved que os llevo la persecucion y quizás la muerte!

FRAY. Id cuando gusteis, por que os aguardo.

STROZZI. Esta misma noche.

FRAY. Está bien, preguntad por Fray Leonardo. (*Los dos se dan la mano, y se separan; al llegar el monge al otro lado del teatro, Miguel le detiene.*)

MIGUEL. Dispensadme, padre mio!

FRAY. Qué quereis?

MIGUEL. Salis del convento de Santa Cruz?

FRAY. Es una comunidad de mi órden de la que soy director.

MIGUEL. En el número de las religiosas debe haber una jóven, que se llama...

FRAY. Cómo?

MIGUEL. Nella.

FRAY. Sois acaso su pariente, su amigo...

MIGUEL. Padre... era su prometido.

FRAY. Rogad por ella, su alma ha subido al cielo.

MIGUEL. Ha muerto!

FRAY. Esta mañana.

MIGUEL. Señor, sois grande y misericordioso y os bendigo!

FRAY. Teneis mas que preguntarme?

MIGUEL. Padre mio, podria verla?

FRAY. Esta noche se lleva su cuerpo á la iglesia de la Anunciata, á donde ha pedido que se la entierre.

MIGUEL. Oh! iré, padre mio, iré á regar con las lágrimas de mi amargura las flores de su sepulcro.

FRAY. Adios, hijo mio, el mitigue tu dolor. (*Vase.*)

MIGUEL. (*Momento de pausa.*) Pobre Nella, muerta y tan jóven! Ha cesado de latir aquel corazon, único que amaba sobre la tierra. Nella mia, tu agonia habrá sido mas dulce que tu vida! Ah! pobre niña, mas vale dar gracias al cielo que te ha llamado asi, que no derramar un inútil llanto! Ahora estoy aquí para vengarte; duerme tranquila, no te haré esperar mucho tiempo. (*Se reclina al lado de la imágen de Madona.*)

ESCENA IX.

DICHOS, *y* MATEO.

MATEO. (*A Strozzi.*) Señor!

STROZZI. Ah! eres tú Mateo? Mira. (*Señalando á Miguel.*)

MATEO. Está orando.

STROZZI. Ha muerto Nella, la conociais?

MATEO. Sí, era la hija única del anciano Lappo el cardador de lanas. Me acuerdo que hace tiempo se dijo que el Duque Alejandro la habia hecho robar de la casa de su padre, y que algunos dias despues habia entrado en ese convento, donde sin duda habrá muerto de pesar.

STROZZI. Otra víctima mas que vá á clamar contra tí al pié del Trono de Dios, Duque Alejandro; el cielo quiera que sea la última! Y bien, Mateo, has visto á mi hermana?

MATEO. Como presumiais, no ha podido ocultar á su sobrina en su casa, cuando os vea, os dirá la razon.

STROZZI. Y Luisa?

MATEO. Vive oculta en esta plaza en una casa en que habita sola con la vieja Asunta.

STROZZI. Y qué casa es esa?

MATEO. La señalada con el número doscientos veinte y seis.

STROZZI. Veamos.

MATEO. (*Mira las fachadas y se para delante de la casa donde entró Lorençino.*) Aquí es.

STROZZI. (*Reconociendo la casa donde entró Lorencino:*) Aquí.

MATEO. Sí!

STROZZI. (*Con ansiedad.*) Te equivocas, Mateo, es imposible.

MATEO. Sin embargo, este es el número que me ha indicado vuestra hermana, dosciente veinte y seis.

STROZZI. Y mi hermana te ha dicho que Luisa habitaba sola?

MATEO. Sola.

STROZZI. Sin otra compañía que la vieja Asunta?

MATEO. Sin ninguna otra.

STROZZI. (*Como fuera de sí.*) Dios mio! Dios mio!

MATEO. (*Asombrado.*) En nombre del cielo, qué teneis?

STROZZI. Nada, Mateo, nada, ve á esperarme á la plaza de San Marcos, frente al convento, allá iré yo á buscarte.

MATEO. Pero señor...

STROZZI. Marcha.

(*Mateo se marcha, Strozzi se tapa el rostro con una careta, y se dirige hácia la puerta de la casa de su hija; en el momento en que está frente á ella, la puerta se abre y sale Lorenzino enmascarado.*)

ESCENA X.

STROZZI, LORENCINO *y* MIGUEL *como anonadado á un lado del teatro.*

LOREN. Qué quieres?

STROZZI. Saber quién eres?

LOREN. Y qué te importa?

STROZZI. Me importa tanto, que todo lo arrostro por saberlo; abajo esa careta! (*Le arranca la careta.*) Lorenzino! (*Reconociéndole y quitándose su careta.*)

LOREN. Felipe Strozzi! has hecho bien en descubrirte, porque sino no te hubiera reconocido. Qué diablos bienes á hacer aquí, cuando sabes que estás proscripto, y que se dan diez mil florines por tu cabeza?

STROZZI. (*Con furor.*) Vengo á pedirte cuenta del honor de mi hija.

LOREN. Si no has venido mas que por eso, tu inquietud paternal te hace arrostrar un gran peligro, porque la honra de tu hija está tan pura como si hubiera velado por ella el cuidado maternal.

STROZZI. Lorencino sale á la una de la noche de casa de mi hija, y se atreve á decirme que mi hija es digna de su padre... Lorencino miente!

LOREN. Strozzi, el destierro te ha hecho perder la memoria; has olvidado que tu mujer era la hermana de mi madre, que Luisa y yo estábamos destinados el uno para el otro, y que tu mujer me amaba como si fuere hijo suyo? Qué estraño tiene que todavia ame á Luisa, si tú habias aprobado este amor?

STROZZI. (*Reponiéndose.*) Tienes razon, todo lo habia olvidado, que eras mi sobrino, y que mi mujer os destinaba el uno para el otro. Escucha lo que te voy á decir.

LOREN. Habla.

STROZZI. Tú tienes veinte y tres años, y Luisa veinte; proscripto como estoy, aislada como ella se encuentra, necesita alguien que la restituya el perdido pasado, y la ofrezca un porvenir mas venturoso.

LOREN. A dónde vas á parar.

STROZZI. A que ese ángel, mi único bien, mi única esperanza, yo te la entrego, Lorencino.

LOREN. (*Con sorda voz.*) Strozzi, lo que me propones, era posible en otro tiempo, lo será tal vez mas adelante, pero hoy es imposible.

STROZZI. Aguardaba esa contestacion. Y por qué no es posible? Dí, Dios me da paciencia para escucharte.

LOREN. (*Volviendo á su ligereza habitual.*) Sin duda! Cómo quieres que el favorito, el confidente, el amigo del Duque Alejandro, se case con la hija de un hombre, que conspira abiertamente contra él? que ha tratado de asesinarle dos veces, y que desterrado de Florencia vuelve á entrar esta noche quizá para intentar por tercera vez igual locura? Casarme con Luisa! para hacerlo seria preciso que me hubiera vuelto loco!

STROZZI. Lorencino, hace un momento has evocado mi recuerdo y este ha sido fiel; déjame á mi vez, evocar los tuyos.

LOREN. Eso será, tal vez, un poco mas difícil, Strozzi, porque te prebengo que he perdido completamente la memoria.

STROZZI. Es posible que el que á los diez y nueve años escribia su trajedia de Bruto represente cuatro años despues el papel de Narciso en la corte de Neron?

LOREN. Y qué quieres?

STROZZI. Esto es imposible, no es verdad, aquí no hay nada de positivo, sino lo que algunos dicen en voz baja?

LOREN. Y qué dicen?

STROZZI. Que como bruto, te haces el loco, pero que todas las noches besas como él la tierra, nuestra madre comun, pidiendo á tu pais que te perdone las apariencias en gracia de la realidad. Pues bien la hora de arrojar la careta ha sonado.

LOREN. (*Con ironía.*) Si, eh?

STROZZI. La hora de cambiar los cascabeles del bufon por el puñal del republicano, ha llegado. Yo tomo tu pasado sobre mi, y te haré de ello una aureola para el porvenir, Te abro nuestras filas y te doy mi puesto. Ponte á nuestra cabeza, guianos, y yo el primero daré á todos el ejemplo de la obediencia.

LOREN. Sabes que has tenido una ocurrencia feliz? A mí, Lorencino, á mí, el rey de los festines de los dias de locura, y de las noches de bacanal, vienes á ofrecerme el ser

jefe de una conspiracion negra y sombria, tramada misteriosamente entre las sombras á guisa de las de Espartaco ó de Catilina, con juramentos encadenados sobre un puñal, y bebiendo la sangre en una copa? No, no; si fuese tan loco que conspirase, seria de un modo menos triste, y menos serio; y además, qué recompensa recibirán los que se sacrifiquen por tu magnífica república Florentina? Es acaso una madre muy tierna para sus hijos, ó una querida muy fiel para sus amantes?... Gracias, Felipe; lo mejor de todo, es no conspirar, creeme; y aun cuando tú conspirases, seria preciso que lo hicieses solo, sin amigos, sin confidentes. Entonces, si tú no sueñas dando voces, quizá podrá tener buen éxito la conspiracion. Me hablabas de ocupar tu puesto, de ponerme á vuestra cabeza, de recoger para mí solo el supremo honor de la empresa. Desgraciado, quieres que te diga cómo acabará? Antes que hayan trascurrido veinte y cuatro horas, estareis todos presos. Acabais de llegar á Florencia, acabais de sentar la planta, y el Duque sabe ya vuestra llegada, y estan dadas las órdenes para arrestaros; ya uno de vosotros está herido, y el otro ha muerto. Strozzi, sigue mi consejo, algunas veces los locos los dan muy buenos. Vuelve á tomar pronto el camino que te ha conducido aquí, gana la frontera, y cuando estés en seguridad espera.

STROZZI. Tres cosas te iba á pedir, y me has negado dos; todavía no pierdo la esperanza, y te voy á pedir la tercera.

LOREN. Strozzi, te daré gusto, siempre que no sea tan loca como las dos primeras.

STROZZI. (*Sacando la espada.*) Es la de darme satisfaccion de tus ofensas, de tus consejos, y de tus negativas.

LOREN. Un duelo! Felipe Strozzi propone un duelo á Lorencino! decididamente te has vuelto loco. A mí un duelo? has dormido acaso cincuenta años como Epiménides, para venir á hacerme semejante proposicion al despertar? Un duelo! No sabe todo el mundo que soy un cobarde? creí que se me conocia mejor desde que Florencia canta mis glorias á la Italia, y la Italia á todo el mundo. Gracias, Strozzi, gracias por haber dudado entre yo y Florencia; tú eres el único que me hace tanto honor...

STROZZI. Sí, tienes razon, Lorencino... eres un miserable! un cobarde! y no mereces morir á manos de un hombre co-

mo yo. Nada te pido, nada espero de tí, únicamente confio en Dios, márchate.

LOREN. Gracias al cielo que eres razonable y empiezas á seguir el verdadero camino; continúa en él, y adios, Strozzi, cuenta con despreciar mis consejos. (*Vásc por el lado que antes marchó el Duque.*)

ESCENA XI.

STROZZI, *y* MIGUEL.

STROZZI. Miguel!

MIGUEL. Señor!

STROZZI. (*Señalando á Lorencino.*) Conoces á ese hombre?

MIGUEL. Lorencino?

STROZZI. Sí.

MIGUEL. Y bien?

STROZZI. (*Con intencion.*) Si mañana por la mañana no ha muerto, mañana por la noche, perecemos nosotros...

MIGUEL. Cómo, es posible?

STROZZI. Lo sabe todo.

MIGUEL. (*Con marcado acento.*) Está bien, morirá!

STROZZI. (*Se dirige á la puerta de donde salió Lorencino como para entrar, levanta el llamador, y despues de reflexionar un instante lo deja caer sin ruido.*) Esta noche no!.. La mataria! (*Hace una seña, y váse seguido de Miguel.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El Teatro representa el estudio de Lorencino.—Dos puertas laterales y otra en el fondo.—Bustos, estátuas, instrumentos de física y manuscritos colocados sin órden sobre una mesa: muebles de la época.

ESCENA PRIMERA.

LUISA *enmascarada está apoyada en una mesa.—Un* CRIADO, *despues* LORENZINO.

CRIADO. (*Abriendo la puerta del fondo.*) Señora aquí está el amo.

LOREN. (*Aparece en el umbral y dirigiéndose al Criado.*) Quién es esa mujer?

CRIADO. No lo sé: cuando la hé dicho que vuecencia habia salido, me ha contestado que esperaría; reusando decir su nombre y quitarse la careta.

LOREN. Está bien... Dejamos. (*El Criado se va.*)

LUISA. (*Quitándose la careta.*) Soy yo, Lorenzo.

LOREN. (*sorprendido.*) Luisa!.. eres tú, amor mio? (*Cierra la puerta.*) Dios mio!.. cómo has cometido esta imprudencia?.. Venir á mi casa en medio del dia!

LUISA. Lorenzo, el Duque sabe donde vivo.

LOREN. Cómo es eso?

LUISA. Esta mañana al salir de la Anunciatta he sido seguida por un hombre.

LOREN. No te habia dicho que no salieses sin careta?

LUISA. Con ella iba; pero ignorando que me seguian me la quité un instante al tomar el agua bendita. Un hombre que estaba oculto tras de la pila...

LOREN. Y te siguió hasta tu casa?

LUISA. Sí.

LOREN. Por qué no entraste en otra?

LUISA. No pensé en ello, pues al ver que me seguian perdí la cabeza.

LOREN. Qué te hace presumir que ese hombre está al servicio del Duque?

LUISA. Se le enseñé á Asunta mientras él tomaba las señas de la casa, y me dijo que se llama Giomo.

LOREN. Giomo... Sí, tienes razon.

LUISA. Qué debo hacer ahora?

LOREN. Nada, esperar...

LUISA. Dios mio!.. con qué indiferencia recibes esta nueva!

LOREN. Porque no la juzgo de grande importancia.

LUISA. No la juzgas de grande importancia! acuérdate del terror que se apoderó de tí al saber que el Duque me habia visto, y observaste que me amaba. No me has hecho dejar el palacio de mi tia para ponerme al abrigo de sus persecuciones?.. Acuérdate que al recomendarme las precauciones que debia tomar para ocultar mi retiro, me has dicho cien veces que mejor quisieras morir que verme descubierta.

LOREN. Sí, porque entonces habia un gran peligro.

LUISA. Pero no existe ahora ese mismo peligro?

LOREN. A lo menos es mucho menor.

LUISA. De modo que no te importa que el Duque sepa mi retiro?

LOREN. Pensaba descubrirselo mañana...

LUISA. (*Con sorpresa.*) Lorenzo... te escucho... te miro, y no te comprendo.

LOREN. Ni necesitas comprenderme. Luisa, tienes confianza en mí?

LUISA. Oh! como en Dios!

LOREN. Entonces déjame hacer sin inquietarte por nada; no tienes ninguna otra noticia que darme?

LUISA. Sabes que mi padre está en Florencia?

LOREN. Lo sé.

LUISA. Todo lo sabes!

LOREN. Sé que eres un ángel y que te amo.

LUISA. Esta mañana ha venido un monge y me ha dado la feliz nueva que sabes; me ha hablado largamente de tí y de nuestro amor; he querido seguirle, pero me ha dicho que mi padre no queria verme aun.

LOREN. Yo he sido mas dichoso; he visto á tu padre.

LUISA. Cuándo?

LOREN. Anoche.

LUISA. Aquí?

LOREN. No, á la puerta de tu casa, donde me ha visto entrar, y en cuyo umbral aguardaba á que saliese.

LUISA. Dios mio! Y qué te ha dicho?

LOREN. Me ha propuesto ser tu esposo.

LUISA. Y... qué has contestado?

LOREN. He rehusado.

LUISA. (*Admirada.*) Has rehusado!

LOREN. Sí.

LUISA. (*Con amargura.*) Rehusado, Lorenzo! y sin embargo, dices que me amas?

LOREN. Justamente, porque te amo, he rehusado.

LUISA. Dios mio! Dios mio! Lorenzo, tú serás siempre para mí un eterno misterio. Todos los dias me dices que soy tu única felicidad; que soy el sueño de tu porvenir, tu único pensamiento, el pensamiento de todas horas... y cuando mi padre, único obstáculo que podiamos temer, te ofrece mi mano, tú rehusas! Oh! Lorenzo! tú me engañas! cuanto me dices es falso!

LOREN. (*Con fuego.*) No... hay una cosa que no te digo y que no te diré nunca... pero que que sabrás un dia como la sabrá Florencia, como la sabrá la Italia, como la sabrá el mundo; una cosa que no confesaría al mismo Dios... si Dios no lo supiese todo. Así pues, confia en mi amor.

LUISA. (*Con dolor.*) Pero has rehusado?

LOREN. Sí, porque la hora no ha llegado todavía; sabes qué se dice de mí en Florencia?

LUISA. Sí, pero yo no doy á eso ningun crédito.

LOREN. No te creas mas fuerte de lo que eres, pues sé que mas de una vez has dudado.

LUISA. Sí, cuando no estabas aquí. Cuando todos esos rumores que te acusan zumbaban en mis oidos; cuando tus acciones daban con tanta frecuencia un mentís á mi corazon; sí, entonces dudaba; pero apenas te veía; apenas oía el metal de tu voz ó veia tus ojos fijos en los mios, como lo están en este momento, decia yo: el mundo entero se engaña.

LOREN. Y tenias razon, Luisa. Cuánto he sufrido al oir que me ofrecian el tesoro que anhelo y he tenido que rehusar.

Si, hé rehusado lo que en otro tiempo hubiera pagado con la mitad de mi vida. Ay Luisa! cuánto he sufrido esta noche! Cuántas amargas lágrimas he devorado! Cuántos dolores acerbos han despedazado mi alma! tú no lo sabes, ni lo sabrás nunca! Pobre niña! Dios aparte de tu frente pura las calamidades y vergüenza que amontona sobre la mia!

LUISA. Pero, por qué has rehusado?

LOREN. Porque tengo la fuerza de soportar la humillacion que no pesa sino sobre mi; pero lo que puedo sufrir para mí, no podría sufrirlo para la que amo... Es preciso que esta tenga una frente casta, pura y risueña... esta castidad virginal, esta pureza celestial, las he encontrado en tí... siendo la esposa de Lorencino, lo perderias todo.

LUISA. Pero no llegará un dia en que cesen los obstáculos y se acaben los misterios; no llegará un dia en que podamos confesar nuestro amor á la faz del mundo?.. tú me lo has prometido, no es cierto Lorenzo?

LOREN. Ese dia no está lejos, Luisa.

LUISA. Oh! será el dia mas felíz de mi vida.

LOREN. Y tambien lo será para Florencia; jamás duquesa alguna, al subir al trono, habrá reunido cortejo de gozo y aclamaciones igual al tuyo... Que Dios y tu amor no me falten, y te juro que la realidad superará á tus ensueños...

LUISA. Y mi padre?..

LOREN. Háblale sin vacilar; cuéntale tu amor puro y casto, y el mio profundo y eterno.

LUISA. Y el Duque?

LOREN. No temas, eso corre de mi cuenta.

CRIADO. (*Saliendo por la puerta lateral de la izquierda.*) Su Alteza sube la escalera.

LUISA. (*Sobresaltada.*) El Duque! Cielos! Sabrá que estoy aquí?

LOREN. Qué disparate! has olvidado que soy su mejor amigo? (*Al criado.*) Ruega á su Alteza que pase al salon, que voy al punto... Estaba enfermo, entiendes?

CRIADO. Sí escelencia. (*Vase.*)

LOREN. Luisa, entra en ese gabinete, una escalera secreta te conducirá al patio; ponte la careta y vete al punto.

LUISA. Adios, Lorenzo mio, cuándo te volveré á ver?

LOREN. Probablemente ésta noche... Díme, dónde está Strozzi? Dudas?.. comprendo, es un secreto! guárdalo.

LUISA. (*Con emocion.*) Oh! no tengo secretos para ti, ni aun el

de que pende la vida de mi padre. Felipe Strozzi está en el convento de San Marcos en la celda de Fray Leonardo. Adios!

LOREN. Adios! (*Luisa se pone la careta y sale por la derecha.*)

ESCENA II.

LORENCINO *solo. Mirando por donde se fué Luisa.*

Oh! bello ángel mio! yo te pagaré en dicha y felicidad tu ciega confianza... Sí, vive tranquila que serás grande y venturosa. (*Abre la puerta del fondo.*)

ESCENA III.

LORENCINO, *el* DUQUE.

LOREN. Perdon Alteza!..

DUQUE. (*Mirando por una ventana del salon del fondo.*) Espera, soy contigo al momento... bien! (*Quitándose de la ventana y entrando en el gabinete.*) Parece que no hago muy buena obra, querido filósofo?

LOREN. Monseñor, me honra...

DUQUE. Segun veo habría intriguilla amorosa...

LOREN. Estaba trabajando.

DUQUE. Una nueva tragedia de Bruto?

LOREN. Hé aquí cuán injustos son los Príncipes... Estaba componiendo una oda en loor de vuestra Alteza.

DUQUE. Y estabas solo?

LOREN. Estaba con la inspiracion, que no me falta nunca cuando se trata de tan digno asunto.

DUQUE. Es verdad, he visto salir á tu inspiracion... llevaba un traje negro, un velo blanco, y una careta.

LOREN. Nada puedo ocultar á vuestra Alteza.

DUQUE. Nada! á propósito, sabes que vengo á darte quejas?

LOREN. A mí monseñor?

DUQUE. Sí, á tí, voto á Brios!.. te encargaré de mi policía, eres un hombre que está siempre al corriente de todo.

LOREN. Pues qué ha sucedido?

DUQUE. Que los que nos sorprendieron anoche eran el marido y el hermano.

LOREN. De veras?

DUQUE. Gaetano y Vittorio Sacchetti, que habian vuelto á Florencia para asesinarme.

LOREN. Y decidme, quién ha sido el feliz mortal que ha descubierto ese complot?

DUQUE. Tu amigo Mauricio.

LOREN. Cáspita! Sabeis que teneis un gran Canciller, Monseñor! y es eso todo lo que os ha dicho?

DUQUE. No sabía mas.

LOREN. Entonces cree que los dos Sacchetti han entrado solos?

DUQUE. Sí, lo cree.

LOREN. Asi pues no os ha dicho nada de ningun otro cómplice?

DUQUE. No.

LOREN. Felipe Strozzi, por ejemplo... no sabe dónde está?

DUQUE. Oh! ciertamente que sí! está en la fortaleza de Montereggione.

LOREN. Vamos, que me he equivocado al juzgar á mi amigo Mauricio, como vos le llamais, monseñor.

DUQUE. Pues qué piensas de él?

LOREN. Pensaba que era un tonto, pero veo que es un imbécil.

DUQUE. En que te fundas para decir eso?

LOREN. En sus informes.

DUQUE. Cómo!.. Felipe Strozzi...

LOREN. Se ha escapado de Montereggione, ayer á las tres de la tarde.

DUQUE. Y dónde está ahora?

LOREN. En Florencia.

DUQUE. Strozzi está en Florencia?

LOREN. Es un personaje de bastante importancia para que se le permita ir y venir sin causar inquietud... es el jefe de los descontentos y además ha intentado dos veces asesinar á vuestra Alteza.

DUQUE. Qué estás diciendo?

LOREN. Que si no tuvieseis á vuestro pobre Lorenzino, de quien os fiais tan poco y á quien tanto despreciais y que vela sobre vos, os sucederian lances muy desagradables.

DUQUE. Te equivocas, amigo mio, te estoy tan reconocido que si el trono estuviese vacio, solo él sería digno premio de tu fidelidad.

LOREN. Conservadme un sitio en las gradas de ese trono, para poder estar á vuestros piés, monseñor, y os aseguro que mi ambicion no querrá subir mas alta.

DUQUE. Lorenzino, preciso es que te lo confiese; creo que tú eres mi único amigo.

LOREN. Monseñor, celebro el ser de la misma opinion.

DUQUE. Si yo fuese capaz de fiarme de alguien, solo de tí me fiaría; pero para esto sería preciso que me sirvieses tan bien en amor como en política.

LOREN. Y si fuese así?

DUQUE. Entonces serias un hombre precioso, incomparable, un hombre que no cambiaría... no, por el primer ministro de mi suegro el Emperador Cárlos V, y eso que se precia de tener los mejores ministros del mundo.

LOREN. Y cómo puede creer vuestra Alteza que no le sirvo lo mismo en amor?

DUQUE. Pardiez! puedes vanagloriarte de lo contrario?... Dos meses hace que te encargué me descubrieses el retiro que ha escogido Luisa, que se me ha escapado no se cómo, y á la que amo como un loco, sin saber por qué; y sin embargo no has adelantado nada... Pues te prevengo que he soltado mi mejor sabueso en busca de su huella.

LOREN. (Aun no ha visto á Giomo.)

DUQUE. Qué murmuras?

LOREN. Digo que soy un imbécil.

DUQUE. Tú?

LOREN. No os he dado noticia alguna suya?

DUQUE. Traidor! y no me has dicho nada?

LOREN. Traidor no, pero olvidadizo sí... hace tres dias que he descubierto su morada.

DUQUE. Me dan impulsos de ahogarte!

LOREN. Monseñor, aguardad al menos á que os dé las señas.

DUQUE. (*Impaciente.*) Y cuáles son?

LOREN. Plaza de Santa Maria número doscientos veinte y seis.

DUQUE. Enfrente de la casa de Teresa!

LOREN. Justamente; la última noche hubiera podido vuestra Alteza volver la escala y subir á su balcon.

DUQUE. Estás seguro que es ahí?

LOREN. Hasta la evidencia.

DUQUE. Esta misma noche la haré robar.

LOREN. Monseñor, sois demasiado brusco...

DUQUE. (*Con acento de amenaza.*) Lorenzino!

LOREN. Perdon, Monseñor, pero vuestra Alteza no conoce mas que un medio para todo el mundo... Qué diablo! hay distinciones, especialmente para con las mujeres; es pre-

ciso no sitiarlas del mismo modo á todas... á unas se las roba y se dan por contentas... Pero hay otras que tienen la pretension de que se las trate con galantería; á estas es preciso tomarse el trabajo de seducirlas.

DUQUE. Para qué?

LOREN. Para que no suceda lo que con la hija del pobre tejedor, cuyo nombre no recuerdo, que se arrojó por la ventana al veros entrar por la puerta... con ese modo de conduciros dais márgen á esos clamores que arman los florentinos.

DUQUE. Qué me importan tus florentinos? Los detesto á todos.

LOREN. Todavia conservais preocupaciones contra vuestro buen pueblo?

DUQUE. Miserables traficantes de seda, estúpidos cardadores de lana que han improvisado sus blasones con las muestras de sus tiendas; que se hacen los descontentadizos y disputan sobre mi nacimiento. Te encuentro muy poco oportuno en tomar su defensa.

LOREN. Con efecto, no se me paga para eso.

DUQUE. Son unos infames que me insultan todos los dias.

LOREN. Me parece que si os atacan, tampoco me guardan á mí muchas consideraciones.

DUQUE. Pues si es así; por qué diablos abogas por ellos?

LOREN. Para evitaros algun disgusto, Alteza; vuestros florentinos son unos peticionarios eternos, piden á todo el mundo, al Papa, á Francisco I, al Emperador; y como teneis el honor de ser yerno de este último, tal vez se ocuparian con el de vuestros amores, y podria suceder que tomase cartas en el asunto de su hija Margarita de Austria que empieza á quejarse en alta voz de que la hayais abandonado á los quince meses de matrimonio.

DUQUE. Lorencino, pienso que no vas fuera de camino.

LOREN. Vaya, como que aquí soy el único razonable; esa es la razon porque me creen loco.

DUQUE. Así pues, en mi lugar seducirias á Luisa?

LOREN. Sí, aunque no fuese mas que por variar de método.

DUQUE. Lo que me propones, es un asunto largo y fastidioso.

LOREN. Bah! asunto de siete ú ocho dias. Oh! estad tranquilo, Monseñor, no cuento dejaros mucho de vuestras costumbres.

DUQUE. Y cómo empezarias? Veamos.

LOREN. Empezaría por hacer arrestar á Strozzi, y formarle un proceso en forma; despues...

DUQUE. (*Interrumpiendole.*) Amigo mio, estás hoy por las dilaciones. Strozzi está proscrito, entra en Florencia y ha infringido las leyes, su cabeza está tasada en diez mil florines... Llevarán su cabeza á mi tesorero, este pagará, y asunto concluido... No necesito ocuparme de otra cosa.

LOREN. Pues bien, hé ahí lo que temia.

DUQUE. Por qué?

LOREN. Por que de esa manera lo echais á perder todo. Ese es el medio de que Luisa no ame nunca al asesino de su padre, mientras que siguiendo la marcha que os propongo, haceis arrestar á Strozzi, le condenan á muerte y ya me comprendeis el resto... Qué diablo! una buena hija no deja morir á su padre cuando no tiene mas que decir una palabra para salvarle.

DUQUE. Sí, pero todo eso es muy enojoso.

LOREN. Monseñor, no os propongais ser tirano.

DUQUE. Has jurado obligarme á hacer todas las cosas segun tu capricho?

LOREN. Ya sabeis, Monseñor, que abrigo esa pretension.

DUQUE. Pues bien, te dejo arreglar este asunto. Pero dónde está Strozzi, porque para prenderle es necesario saber dónde está?

LOREN. Muchas veces sois demasiado exigente; entra esta noche, y os lo aviso esta mañana... Concededme siquiera hasta el medio dia para que os diga dónde se oculta.

DUQUE. Te concedo el tiempo que quieras.

LOREN. Está bien.

DUQUE. Asi pues, tú me respondes de Strozzi?

LOREN. Como si lo tuvierais debajo de llave. (*Llamando.*) Traccia! (*Sale un criado.*) Hay alguien en las antecámaras ó en las escaleras? (*Vase el criado.*)

DUQUE. Siempre con tus precauciones.

LOREN. Un servidor fiel nunca toma bastantes cuando se trata de la seguridad de su Soberano. (*Al criado que sale.*) Y bien?

CRIADO. No hay mas que un cómico.

LOREN. Qué quiere?

CRIADO. Desea hablaros para ser admitido en la compañía de Monseñor.

DUQUE. Diablo! si es bueno, será preciso no desairarle.

LOREN. En dónde está?

CRIADO. Le he hecho entrar en el cuarto contiguo, á fin de que su Alteza no le encontrase al bajar.

LOREN. Monseñor, el camino está libre.

DUQUE. Adios, Lorenzino, si no tienes nada que hacer, vete á comer conmigo.

LOREN. Estoy á vuestras órdenes. (*Se dispone á acompañarle.*

DUQUE. Qué vá á hacer?

LOREN. Mi deber, monseñor; acompaño á vuestra Alteza hasta la escalera... (*Al criado.*) Traccia, has entrar á ese cómico en mi gabinete: vuelvo al punto.

ESCENA IV.

EL CRIADO, MIGUEL.

CRIADO. (*Abriendo la puerta.*) Por aquí, por aquí.

MIGUEL. Su Escelencia me recibe?

CRIADO. Su Escelencia ha mandado que espereis. (*Vase.*)

ESCENA V.

MIGUEL.

(*Mirando alrededor.*) Perfectamente, ya estoy instalado; pero esto no es mas que la mitad de lo que debo hacer. Es preciso reconocer el campo para buscar una retirada. (*Se dirige á la puerta del fondo.*) Por aquí es imposible; una antecámara llena de criados y un conserge en el patio. (*Vá á la ventana del primer bastidor de la izquierda.*) Esta ventana... veinte piés lo menos; si fuera de noche podría arriesgarme á bajar, pero de dia es muy aventurado. (*Va al gabinete por donde se fué Luisa.*) Ah! un gabinete con una escalera, magnífico! esta escalera debe conducir fuera del palacio, y es cuanto necesito.

ESCENA VI.

MIGUEL, LORENCINO.

LOREN. (*Entrando con desconfianza.*) Eres tú quien ha preguntado por mí?

MIGUEL. (*Acercándose.*) Sí, monseñor.

LOREN. (*Apartándole con la mano.*) Un momento, amigo; profeso la máxima de que las gentes que se conocen tan poco como nosotros, deben hablarse siempre á una respetuosa distancia.

MIGUEL. Puede estar persuadido, monseñor, de que conozco demasiado la que nos separa para ser el primero en traspasarla.

LOREN. (*Se sienta á la izquierda y juega sin perder de vista á Miguel con una pistola que hay sobre la mesa.*) Tienes ingenio?

MIGUEL. Creo que he adquirido algo desde que he representado vuestra comedia de Aridosio.

LOREN. Te advierto, amigo, que el oficio de adulador esta aquí muy en boga; así pues, si contabas con ser el primero, debes volverte por el mismo camino.

MIGUEL. Estad tranquilo, sé demasiado lo que debo á mis camaradas los cortesanos para quererles usurpar su empleo.

LOREN. Qué papeles representas, los trágicos ó los cómicos?

MIGUEL. Me dedico á los dos géneros.

LOREN. Y qué es lo que has hecho?

MIGUEL. He representado en la corte del Papa Clemente VII, que tanto os amaba, el Calimaco de la Mandragore; y Benvenuto Cellini que estaba presente podrá deciros los aplausos que recibí. En Venecia he desempeñado el Parabolano de la Cortesana, y si el ilustre Miguel Angel tiene bastante valor para volver á Florencia, os dirá que por poco le hago morir de risa. En fin, en Ferrara, he representado en la trajedia Sophonisbe el papel de tirano con tanta naturalidad, que el Príncipe Hércules de Este me echó de sus Estados, bajo pretesto de que habia buscado una alusion; lo que debo confesar que no es cierto.

LOREN. Si se ha de dar crédito á tus palabras, eres un artista de primer órden.

MIGUEL. Haced la prueba, monseñor; si quereis os recitaré un fracmento de vuestra tragedia la muerte de César, obra maestra que desgraciadamente está prohibida en casi todos los pueblos en donde se habla la lengua en que está escrita.

LOREN. Y que papel has escogido en esa obra maestra?

MIGUEL. El de Junio.

LOREN. Lo dices en un tono que á la legua huele á republicano: Eres partidario de Bruto?

MIGUEL. Ni de Bruto ni de César, soy solamente cómico, y por consiguiente partidario de los primeros papeles.

LOREN. Qué mejor papel que el del noble Julio, que apenas en la edad en que los hombres vestian la ropa viril, ocupaba el mundo con sus amores. Qué mejor papel que el de el divino César que despues de haber vencido á trescientos pueblos en una guerra y á Pompeyo en una sola batalla, tuvo la suerte cabalmente en el momento en que la fortuna se cansaba de ser su esclava, de encontrar unos cuantos pícaros como Bruto y Casio que se encargaron de evitarle los reveses de la fortuna y los achaques de la vejez?

MIGUEL. Vuestra Escelencia tendrá razon, pero habla como poeta, y yo calculo como cómico; asi con vuestro permiso prefiero el de Junio.

LOREN. Y qué escena escoges?

MIGUEL. Quereis la magnífica escena final del quinto acto?

LOREN. Aquella en que Bruto da de puñaladas á César?

MIGUEL. Cabalmente.

LOREN. Empieza pues.

MIGUEL. Espero de la bondad de vuestra Escelencia que me conteste.

LOREN. No tengo reparo, aunque tengo bastante olvidadas las tragedias que he compuesto pensando en las que estoy componiendo... Cabalmente me falta un actor para ella.

MIGUEL. Aquí me tenis: escuchadme, y vereis de lo que soy capaz.

LOREN. Escucho.

MIGUEL. Estamos en el Vestíbulo del Senado: hé aquí la estátua de Pompeyo; vos sois César y yo Junio. (*Tomando su capa.*) Ahora esperad que me cubra con mi toga. (*Declamando.*) Salud, César.

LOREN. Los dioses te protejan.

MIGUEL. Que oigas una palabra solo aguardo.

LOREN. Puedes hablar pues que te escucho.

MIGUEL. Sea.

Hoy á tus plantas vengo suplicando
tiendas una mirada compasiva
sobre el pueblo infeliz que gime esclavo.
No rechaces mi súplica orgulloso

pues los dioses tu fin tienen dictado
y apagarán tu estrella si no me oyes
y con fiero desden mueves tu labio.

LOREN. Si Roma te ha tomado por intérprete
y en su causa te tornas su abogado,
dile que en tanto que sus dioses velen
mi gloria, no serán otros mis pasos.

MIGUEL. No me atiendes?

LOREN. Acabas?

MIGUEL. Oye, César...

LOREN. Paso á tu Emperador!

MIGUEL. Muere tirano! (*Miguel une el gesto á las palabras y sáca un puñal y da á Lorencino sin conseguir herirle.*) Maldicion! lleva cota de malla!

LOREN. (*Se arroja sobre Miguel, luchan un rato y le derriba arrancándole el puñal que apoya sobre su garganta.*) Ah! ah! parece que los papeles se han trocado y que César va á matar á Bruto?

MIGUEL. (*Con voz sorda.*) Da gracias al cielo, Duque Alejandro.

LOREN. (*Separándose.*) Cómo, qué decias?

MIGUEL. Nada.

LOREN. Sí tal, algo has dicho.

MIGUEL. Pues bien, digo que el cielo no quiere que Florencia sea libre puesto que tú sirves de escudo al Duque.

LOREN. Entendámonos. Tú le querias matar?

MIGUEL. Si.

LOREN. Tienes motivos de odio contra él?

MIGUEL. Mortales.

LOREN. Diablo! esto cambia enteramente la cuestion: levántate, amigo mio, y cuéntamelo todo.

MIGUEL. (*Levantándose.*) Lorenzino, no te burles de mí, he querido matarte pero la empresa ha salido mal; tú eres el mas fuerte, llama á tus criados y mándame al suplicio.

LOREN. Estás hablando como si fueras el amo; y si yo tuviese el capricho de dejarte vivir, quién me lo impediría?

MIGUEL. Lorenzino, tú dejarme vivir?

LOREN. Todo puede ser.

MIGUEL. No comprendo nada de lo que pasa, por que mi cabeza se desvanece; si es una broma es una infamia... Me darias acaso la vida y la libertad sin condiciones?..

LOREN. Aguarda, que no he dicho tanto.

MIGUEL. Cuáles son esas condiciones?

LOREN. Cuéntame primero tu historia, luego veremos.

MIGUEL. Lorenzino, no me has reconocido?

LOREN. Sí tal, ayer te ví orando ante la Madonna mientras yo hablaba con Strozzi.

MIGUEL. Y no recuerdas haberme visto antes?

LOREN. Me parece que sí, en efecto, tú eres Scoroncocolo, el bufon del Duque!

MIGUEL. El mismo.

LOREN. Oh! entonces somos antiguos conocidos.

MIGUEL. Sí.

LOREN. Pero cómo es que de bufon te has convertido en Sicario? Me parece que es mejor divertir á la gente que asesinarla!

MIGUEL. Has amado alguna vez, Lorenzino?

LOREN. Nunca!

MIGUEL. Oh! yo sí, no sabes lo que es vivir aislado, infamado, despreciado como vive un infeliz bufon, á quien el Príncipe cuando está cansado entrega á sus cortesanos para que estos se diviertan á su vez.

LOREN. Tienes razon.

MIGUEL. No sabes lo que es dejar de ser hombre para convertirse en una campana sobre la que todos dan para hacerla sonar á su antojo; en un muñeco que todos tienen derecho de hacer bailar.

LOREN. Algo se me alcanza de eso.

MIGUEL. Pues bien, en medio de ese envilecimiento sombrio; en medio de esa noche oscura ví brillar un rayo de sol. Una jóven me amó! Era dulce y bella, pura como el boton de la rosa próxima á romper su capullo. La azucena mas casta no era tan blanca como su pura y serena frente; la hoja arrancada del corazon de la rosa no era tan fresca como su megilla. Ella amaba al pobre bufon! Entonces tuve todas las esperanzas de un hombre; soñé con las delicias del amor; comprendí los goces de la familia; adiviné todos esos placeres que tanto habia envidiado en los demas, y á los que habia renunciado. Me presenté al Duque y le pedí permiso para casarme.

LOREN. Y qué te contestó?

MIGUEL. Echóse á reir... Casarte, dijo, casarte tú! Está loco mi pobre bufon; sabes tú lo que es casarse? Además la mudanza de estado te volvería triste, taciturno, y yo nece-

cesito que me diviertan. Basta de ese asunto; la primera vez que me vuelvas á hablar de eso, te haré dar veinte latigazos. Al dia siguiente le volví á hablar, y el Duque cumplió su palabra.

LOREN. Oh! sí, es hombre que nunca olvida sus promesas.

MIGUEL. A pesar de haberme azotado hasta saltar la sangre, insistí. El Duque reflexionó y al cabo de un rato esclamó: Mi pobre Scoroncocolo está malo y es preciso curarlo; entonces me preguntó el nombre de mi amada, el de sus padres y las señas de su casa; yo creía que accedia á mis ruegos y abracé sus rodillas con transporte. Corrí á casa de Nella para hacerla partícipe de mi felicidad... Por la noche habia orgía en el palacio, en la cámara verde; otros cuatro hombres y yo acompañábamos al Duque; yo presenciaba todas sus bacanales. Cuando el vino habia exhaltado sus cabezas, una jóven fué arrojada en medio de aquel infierno. Esta pobre martir era Nella. (*Arrojándose sollozande á los piés de Lorenzino.*) Déjame vivir, déjame que pueda vengarme, y despues, te lo juro por mi honor, cuando quede vengado, cuando haya despedazado al tigre, te presentaré mi pecho y te diré: Lorenzino, tu vez ha llegado; vengate de mí como yo me he vengado de él.

LOREN. (*Mirándole.*) Todavía falta algo á esa historia.

MIGUEL. Qué mas os he de decir? me escapé y como un insensato no paré hasta atravesar las fronteras de Toscana. En Bolonia me encontré á Felipe Strozzi uno de los mas encarnizados enemigos del Duque, y me uni á él con la condicion de que cuando entrásemos en Florencia yo daría el golpe... Anoche hemos vuelto despues de dos años de esperar: al pasar por el convento de Santa Cruz un religioso me dijo que Nella habia muerto de vergüenza y de dolor. Ya lo sabeis todo; qué mas deseais de mí? Oh! tened piedad; no veis que lloro como un niño? Algunas veces hay recuerdos mas terribles que la realidad!

LOREN. (Hé aquí mi hombre.) (*Alto.*) Pues bien, en lugar de llamar á mis gentes, te doy la libertad, te coucedo la vida; pero con una condicion.

MIGUEL. La acepto sin saber cuál es; la firmo con mi sangre y la garantizo con mi vida.

LOREN. Yo tambien tengo que vengarme de uno.

MIGUEL. Eso es muy fácil para vos.

LOREN. Estás en un error, porque es uno de los amigos mas íntimos del Duque, uno de los que estaban en aquella orgía en que Nellá...

MIGUEL. Basta, Lorenzino, basta; si crees que huya, si temes que me escape, encierrame en una prision de la que tú solo tengas la llave, y no me hagas salir hasta que llegue el momento de dar el golpe.

LOREN. Y quién me responde de tu fidelidad?

MIGUEL. Por la salvacion de Nella te juro que seré tuyo en cuerpo y en alma. Qué es menester hacer?

LOREN. Vete donde te aguarda Strozzi; dile que no te ha sido posible llegar hasta mí y por eso no me has matado hoy, pero que lo harás mañana.

MIGUEL. Y luego?

LOREN. Despues puedes hacer lo que quieras con tal que esta noche de once á una me esperes en la Via larga.

MIGUEL. Mandareis á alguien?

LOREN. Yo mismo iré.

MIGUEL. No teneis mas que decirme?

LOREN. Nada mas; puedes marcharte.

MIGUEL. Está convenido. En la Via larga ..

LOREN. Pardiez, de fijo cuento contigo.

ESCENA VII.

LORENZINO, *se sienta á la mesa y escribe.*

«Felipe Strozzi está en el convento de San Marcos en la celda de Fray Leonardo.» (*Toca la campanilla y sale el criado.*) Traccia, lleva de mi parte esta carta á su Alteza el Duque Alejandro, y entrégasela á él mismo.

CRIADO. Se hará, monseñor.

LOREN. (*Entrando en el cuarto que está á la izquierda.*) Gracias, Strozzi, me has mandado el único hombre con que podré contar. Ahora, manos á la obra!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Celda de Fray Leonardo en el convento de San Marcos, Puerta en el fondo y otra lateral á la derecha.—A la izquierda, en primer término, un reclinatorio; en el segundo una ventana: en el fondo, encima de la puerta un cuadro de la coronacion de la Vírgen.

ESCENA PRIMERA.

FELIPE STROZZI, FRAY LEONARDO *apoyado en el reclinatorio.*

STROZZI. (*Paseándose agitado.*) No, padre mio, es inútil; os digo que no la veré mas.

FRAY. Y yo te digo, Strozzi, que siempre ha sido una hija casta y pura, sobre la que puede fijarse la mirada de un padre, no solo con amor, sino con orgullo.

STROZZI. Pero os digo que ella le ama, y que le he visto salir de su casa á la una de la madrugada, y que es un miserable.

FRAY. Ella le ama, es cierto, pero con un amor puro y casi fraternal.

STROZZI. El amor de Lorenzino, puro y fraternal! Y vos me decís esto, padre mio, vos, habituado á leer en el fondo del corazon humano, tomais la defensa de ese infame?

FRAY. Sí, hijo mio, tú lo has dicho, la humanidad no tiene secretos para nosotros. Solamente Lorenzino es uno cuyo modo de pensar me es enteramente desconocido! Sin embargo, nadie le ha observado tanto como yo, porque, como sabes, durante mucho tiempo nuestra esperanza ha descansado en él. Pues bien, cuanto mas le he observado menos claro he visto el abismo de su corazon.

Desde su vuelta á Roma, hace dos años, se ha vuelto impenetrable á los ojos de todos, aun á los vuestros, porque de dos años á esta parte ni una vez siquiera se ha acercado al Tribunal de la penitencia. Oh! el que por la primera vez oiga la confesion de ese hombre...

STROZZI. (*Con voz sombría.*) Si no muere inconfeso, padre mio.

FRAY. Strozzi, no está todo perdido para ese hombre puesto que ama, el amor es todavía una creencia y el corazon donde se alberga no niega nunca la existencia de Dios.

STROZZI. Oh! ese amor es mi martirio.

FRAY. Creeme, hijo mio. Luisa amando como una mujer, se ha mantenido pura como un ángel.

STROZZI. Pero por qué no viene ella misma á justificarse? Dios mio! me parece que no lo dudaría si fuese ella quien me lo dijese.

FRAY. (*Señalando la puerta de la derecha.*) Allí está!

STROZZI. Está allí, y no lo decis padre mio?

FRAY. Como amenazabas!

STROZZI. Ah! es verdad; vos no sabeis, no podeis saber lo que es un padre aun cuando amenace. Luisa... Luisa...

ESCENA II.

DICHOS, LUISA.

LUISA. (*Echándose en los brazos de Strozzi.*) Padre mio!

STROZZI. Luisa, mi querida hija, es verdad que puedo todavía estrecharte contra mi corazon y mirarte sin avergonzarme?

LUISA. Siempre, padre mio, siempre.

FRAY. Adios Strozzi.

STROZZI. Nos dejais?

FRAY. La felicidad pasa tan pronto en este mundo, que cuando un hombre es dichoso, es bueno que esté cerca de él otro que ruegue al cielo.

LUISA. (*Besándole la mano.*) Gracias, padre mio, porque por vos no he desesperado.

ESCENA III.

STROZZI, LUISA.

LUISA. Padre mio, cuánto habreis sufrido, es verdad que habeis dudado de mi!

STROZZI. Oh! sí, he sufrido mucho porque tú no puedes figurarte cuánto te amo. De tres años á esta parte que falto de Florencia y que no he podido saber de tí sino á largos intérvalos, tu imágen no se ha borrado un instante de mi pensamiento.

LUISA. Mis hermanos estaban con vos y me consolaba la idea de que ellos os ayudarían á sufrir el destierro.

STROZZI. Tus hermanos son hombres fuertes, hechos para sufrir y para luchar. Tu padre debe sus hijos á la patria, pero creo que una hija pertenece mas íntimamente á su padre. Y tú, hija mia, qué has hecho en todo ese tiempo?

LUISA. Todo este tiempo lo he pasado entre la oracion y el amor. He rogado por vos, y he amado á Lorenzino.

STROZZI. Luego es cierto que amas á ese hombre?

LUISA. Debo tener secretos para vos?

STROZZI. Luego le amás?

LUISA. Le amo tanto, que si le perdiese, nada podría reemplazarle en mi corazon.

STROZZI. Y sin embargo, Luisa, tú sabes quién es el hombre que amas?

LUISA. No ignoro lo que se le echa en cara, pero para mí, padre mio, siempre es Lorenzino.

STROZZI. Cómo ha podido cambiar así para todo el mundo y quedar el mismo para tí?

LUISA. Yo no veo el mundo ni le conozco, y á él le veo y le conozco.

STROZZI. Pero nadie sabe vuestro amor, no es verdad?

LUISA. Nadie.

STROZZI. Cuándo le ves, dónde?

LUISA. En la casita de la calle de Santa María, unas veces bajo un disfraz y otras bajo de otro pero siempre enmascarado. Es preciso que haya en su vida un gran secreto que ignoro, porque tan pronto está alegre y risueño, como sombrio y meditabundo; algunas veces jovial como un niño, y otras llora como una mujer; y yo estoy alegre ó triste segun él lo está tambien.

STROZZI. Y te habla alguna vez de ese matrimonio acordado entre vosotros?

LUISA. Oh! Sí, sí, con mucha frecuencia; y entonces se exalta, y me habla del porvenir, de poder, de corona, y nada de eso comprendo porque todo en él es misterioso.

STROZZI. Y no te causa ninguna impresion ese misterio?

LUISA. No, porque ama demasiado para tener que temer... Él me guarda; y apenas se atreve á depositar en mi frente un beso de hermano, de miedo, segun dice, de quitar á la jóven una sola flor de su corona de desposada. Yo no vivo sino por él y para él.

STROZZI. (*Desesperado.*) Hija mia, pobre hija mia!

LUISA. Tranquilizaos, padre mio, nada teneis que temer.

STROZZI. Ah! Sí! tú me recuerdas que te amenaza todavía otro peligro; ya sé que te has visto precisada á abandonar la casa de mi hermana para sustraerte á las persecuciones del Duque; con que te ama ese miserable?

LUISA. Nadie me lo ha dicho todavia, pero he sido seguida muchas veces por hombres enmascarados, y un presentimiento secreto me ha anunciado algun peligro.

STROZZI. Sabe dónde vives?

LUISA. Hace solo pocas horas.

STROZZI. Gran Dios!

LUISA. Mucho temor me ha causado, os lo confieso; pero Lorenzino, me ha dicho que nada tenía que temer.

STROZZI. Lorenzino, con que le has visto?

LUISA. Esta mañana.

STROZZI. Y te ha dicho que me habia visto anoche?

LUISA. Todo me lo ha contado.

STROZZI. Y qué has pensado de todo ello?

LUISA. Le he compadecido.

STROZZI. Por qué?

LUISA. Porque sé lo que ha debido sufrir.

STROZZI. Pero en dónde le has visto?

LUISA. En su casa.

STROZZI. Tú has ido á su casa?

LUISA. Creía el riesgo inminente; un agente del Duque me habia seguido, vos no me habiais permitido todavía presentarme á vos y yo tenia que pedir consejo á alguien.

STROZZI. Has sido la primera en hablarle de mí?

LUISA. No, él ha sido el primero que me habló de vos.

STROZZI. Ignora dónde estoy, no es verdad?

LUISA. Perdonad, padre mio, lo sabe.

STROZZI. Quién se lo ha dicho?

LUISA. Yo.

STROZZI. Desgraciada, me pierdes y te pierdes conmigo!

LUISA. Dios mio! cómo podeis suponer!..

STROZZI. A estas horas el Duque lo sabe todo; á estas horas, tú,

yo, mis amigos estamos bajo su poder, y tu loco amor, tu ciega confianza nos ha perdido á todos.

LUISA. Cómo podeis sospechar semejantes infamias! (*Se oye llamar á la puerta del convento.*)

STROZZI. Escucha.

LUISA. Qué... Oh! me haceis temblar!

STROZZI. No oyes que llaman á la puerta del convento? (*Mira por la ventana.*)

LUISA. Y bien?

STROZZI. (*Llevándola á la ventana.*) Mira!

LUISA. (*Con espanto.*) Oh! Esbirros, soldados, el Duque! Padre mio! padre mio! os han vendido!

STROZZI. Sí, me han vendido, y lo mas terrible es que ha sido mi hija la que me ha vendido.

LUISA. Aguardad, padre mio, antes de condenarme así.

ESCENA IV.

DICHOS, FRAY LEONARDO, *por el fondo.*

FRAY. Felipe Strozzi, estás pronto para sufrir el martirio?

STROZZI. Sí.

FRAY. Está bien, porque aquí se acercan los verdugos.

ESCENA V.

DICHOS, *el* DUQUE, GIOMO *el* HUNGARO.

DUQUE. (*Dentro.*) Vosotros quedaros á esta puerta; tú Giomo, y el Húngaro seguidme.

LUISA. Padre mio, no hay ningun medio de que huyais?

STROZZI. Aun cuando le hubiese, no cejaría un solo paso; que venga, aquí le espero.

DUQUE. (*Desde la puerta.*) Ja, ja, ja, no me han engañado: él lobo ha sido cogido en sus redes.

FRAY. (*Interponiéndose.*) Quién eres? qué quieres?

DUQUE. Quién soy? un piadoso peregrino, que viene como lo ves, á la casa del Señor para recompensar y castigar á los que en su orgullo se creen sin derecho á toda recompensa y á todo castigo. Lo que quiero?.. Quiero que te apartes porque tengo que hablar con ese hombre.

FRAY. Este hombre es huésped del Señor, este es sagrado, y no se llegará á él sino pasando por cima de mi cuerpo.

DUQUE. (*Colérico.*) Y bien, pasaremos por encima de él. Crees que el que para subir al trono ha pasado por encima del cadáver de una ciudad, se detendrá por temor de pisar sobre el de un miserable monge?

HUNG. (*Acercándose.*) Alteza, quereis que...

DUQUE. Espera un momento, eres demasiado ejecutivo.

LUISA. Dios mio! Padre mio!

STROZZI. Tranquilízate, Luisa!

DUQUE. Vamos, paso á tu amo.

FRAY. Mi amo es Dios! no tengo otro señor que el que está en el cielo; y al tiempo que oigo tu voz que me dice vete, escucho la suya que me dice espera.

HUNG. Y bien Alteza?

DUQUE. (*Con rabia.*) Aguardate! Cuando yo tengo paciencia tenla tú tambien; ya podias conocer que no quiero aterrar á esa jóven. Ahora bien, monge, ya que no conoces ni Duque, ni señor, paso al mas fuerte. (*Giomo y el Húngaro sujetan á Fray Leonardo.*)

STROZZI. Duque Alejandro, creí que tuvieras bastante con tu Canciller y con tus guardias, para no tener que desempeñar el papel de esbirro; pero veo que me equivocaba.

DUQUE. Cuentas por nada el placer de encontrarse cara á cara con un enemigo que hace tres años que no veo, y á quien no espero volver á ver? Me tomas por uno de esos que se deslizan durante la noche en una ciudad, se ocultan en una caverna, y aguardan con paciencia la hora de alargar el brazo en la oscuridad para herir por la espalda? No; yo vengo á decirte en medio del dia: Strozzi, hemos jugado una partida terrible cuya apuesta era la vida, tú has perdido, Strozzi, paga.

STROZZI. Es verdad, pero admiro al mismo tiempo la prudencia del jugador que viene tan bien acompañado á reclamar su deuda.

DUQUE. Crees acaso que tengo miedo? crees que no hubiera venido á encontrarte solo en el lugar que te ocultabas? Incurres en una grave equivocacion; me tomas por algun otro, Strozzi... Giomo, Húngaro, salid, cerrad la puerta y no vengais hasta que os llame, pase lo que pase.

GIOMO. Monseñor!

HUNG. (Sin embargo...)

DUQUE. Obedeced. (*Dejan á Fray Leonardo que se dirige al reclinatorio y vánse cerrando la puerta.*)

ESCENA VI.

STROZZI, LUISA, *el* DUQUE FRAY LEONARDO.

DUQUE. Aquí me tienes solo, Strozzi, solo contra dos hombres; vosotros no estais armados y yo tengo una espada y un puñal, pero no importa. (*Tira la espada y presenta el puñal á Strozzi.*) Toma, Strozzi, tiro mi espada y te ofrezco mi puñal; vamos, viejo romano, no hay en la antigüedad un Virginio que mata á su hija, y un Bruto que asesina á su Rey? Pues escoge entre los dos, hiere y haste inmortal. Vamos, qué te detiene; nada arriesgas, ni aun tu cabeza por que esta pertenece al verdugo. Y tú, monge, recoge esa espada y ven á herirme por la espalda; si tu mano tiembla al herirme por delante.

FRAY. Dios prohibe á sus ministros derramar la sangre; creeme, Duque Alejandro, sin esto no hubiera fiado á otro brazo la causa de la patria; hace mucho tiempo que habrias muerto y que Florencia sería libre.

DUQUE. Y bien, Strozzi, crees todavia que tengo miedo?

LUISA. No, monseñor, no, todo el mundo sabe que no sois cobarde; pues bien, sed tan bueno como valiente.

STROZZI. Calla, hija, nunca supliques. (*El Duque envaina su puñal y recoje la espada.*)

LUISA. Padre mio, dejadme, Dios dará fuerzas á mis palabras. (*Se arrodilla.*) Monseñor!

FRAY. (*Levantándola.*) Levántate, hija mia, ningun tratado entre la inocencia y el crímen; ningun pacto entre el ángel y el demonio. Levántate!

DUQUE. Has hecho mal, monge, porque estaba tan bella asi, que iba á olvidar mi cólera para pensar en mi amor.

STROZZI. (*Abrazando á Luisa.*) Hija mia, mi querida hija!

FRAY. Dios mio! Si ves estas cosas sin fulminar tus rayos, diré... (*Cayendo de rodillas.*) Diré que tu misericordia es mas grande que tu justicia.

DUQUE. Hungaro, Giomo. (*Salen por el fondo los dos.*)

ESCENA VII.

DICHOS, GIOMO *y el* HUNGARO.

HUNG. Monseñor, estamos á vuestras órdenes.

DUQUE. Entregad á esos dos hombres á mis guardias y que los conduzcan ante mi canciller. (*Se llevan á Fray Leonardo.*)

LUISA. Monseñor, en nombre del cielo no separeis al padre de la hija, no arranqueis al sacerdote de su Dios!

STROZZI. Silencio, ni una palabra, ó te maldigo!

LUISA. (*Cayendo de rodillas.*) Ah!

STROZZI. (*Abrazándola.*)Adios, hija mia, de aqui en adelante solo Dios velará por tí, pero no olvides que Lorenzino es quien me mata.

LUISA. Padre mio, Padre mio!

STROZZI. Adios!

LUISA. (*De rodillas.*) Monseñor, que puedo hacer para salvar á mi padre?

DUQUE. (*Dirigiéndose á ella con diabólica sonrisa.*) Qué puedes hacer, me preguntas.

LUISA. Sí, sí, quiero salvar á mi padre.

DUQUE. Sí? pues Lorenzino te lo dirá. (*Váse.*)

ESCENA VIII.

LUISA.

(*Levantándose.*) Lorenzino, Lorenzino! pronuncian este nombre como una acusacion eterna! Dios mio, dadme fuerzas para no dudar de él y para salvar á mi padre.

ESCENA IX.

LUISA, LORENZINO.

LOREN. (*Saliendo por la puerta lateral y apoyándose en su umbral.*) Pobre niña!

LUISA. (*Volviéndose.*) Lorenzino, el cielo te envia. Tú no sabes lo que acaba de pasar aquí?

LOREN. Sí, porque he venido al mismo tiempo que el Duque, y desde aquí lo he oido todo.

LUISA. Y no has venido en nuestra ayuda?

LOREN. Me hubiera perdido sin salvaros.

LUISA. No sabes lo que me ha dicho mi padre?

LOREN. Qué te ha dicho?

LUISA. Que tú le habias denunciado al Duque.

LOREN. Te ha dicho la verdad.

LUISA. Lorenzo, á veces eres muy cruel; quieres hacerme morir? Este no es momento de chanzas.

LOREN. Hablo de veras, Luisa.

LUISA. Has sido tú, tú, el que ha hecho arrestar á mi padre?

LOREN. Sí.

LUISA. (*Retrocediendo.*) Dios mio, Dios mio!

LOREN. Luisa!

LUISA. Qué me quieres?

LOREN. Es esto lo que me habias prometido? Asi cumples el juramento que me habias hecho?

LUISA. Puedo dejar de dudar cuando me dices cosas tan terribles?

LOREN. Ha llegado la hora del combate; flaquearás acaso?

LUISA. Si no se tratase mas que de mí, nunca! pero se trata de mi padre cuyo secreto no he sabido guardar! de mi padre á quien he perdido!

LOREN. Una vez arrestado tu padre, será preciso seguir una causa; son dos ó tres dias ganados, á lo menos veinte y cuatro horas. Veinte y cuatro horas son algunas veces una eternidad. Cuánto tiempo se ha necesitado para matar á Gaetano Sacchetti y envenenar á Dante de Castiglione? un segundo.

LUISA. Pero qué puede suceder dentro de veinte y cuatro horas que cambie la faz de las cosas?

LOREN. Luisa, este es un secreto entre Dios y yo.

LUISA. Y crees salvar á mi padre?

LOREN. Por la sangre de Dios hombre muerto en la Cruz, dentro de ocho dias serás mi esposa, y Felipe Strozzi libre y feliz bendecirá nuestro casamiento: me crees ahora?

LUISA. Sí, Lorenzo.

LOREN. Es preciso probarmelo.

LUISA. Qué tengo de hacer?

LOREN. Obedecer ciegamente cuanto te mande.

LUISA. Manda y obedezco.

LOREN. A las cinco irás al palacio del Duque.

LUISA. Al palacio del Duque!

LOREN. Todavía!

LUISA. Iré.

LOREN. Bien.

LUISA. Qué debo decirle?

LOREN. Le pedirás permiso para ver á tu padre.

LUISA. Pero si el precio de esa gracia...

LOREN. Nada temas, yo velaré por tí.

LUISA. Iré, Lorenzo, iré. Es esto todo?

LOREN. Yo no puedo ir á verte esta noche en la plaza de Santa María.

LUISA. Por qué no?

LOREN. El Duque sabe que habitas allí, podria hacerme seguir, y si me viesen entrar en tu casa todo se perdia. Así, en lugar de esperarme yo te esperaré á tí.

LUISA. Dónde?

LOREN. Todavía lo ignoro. Un hombre irá á buscarte á media noche; te entregará un billete mio; este billete dirá que le sigas; hazlo sin titubear.

LUISA. Bien.

LOREN. Le seguirás sin tratar de averiguar quién es y sin preguntar á dónde te conduce.

LUISA. Le seguiré sin decir una palabra. Estais contento?

LOREN. Sí, Luisa; valor, y pronto llegaremos al fin. Un paso mas, y todo está terminado.

LUISA. Se salvará mi padre?

LOREN. Te lo juro por mi alma... Silencio!

LUISA. Qué hay?

LOREN. El es.

LUISA. Quién?

LOREN. El Duque.

LUISA. El Duque, Dios mio!

LOREN. Entra en ese cuarto y sal por dónde Fray Leonardo te hizo entrar. A las cinco vé al palacio; á media noche te espero yo.

LUISA. Está bien. Adios. (*Váse.*)

LOREN. Adios. (*Cierra la puerta.*) Hay momentos en que parece que todo se estrella en mí. Dios mio, ya que he pedido fuerza para los otros, dame á mi vez la que necesito para acabar mi obra.

ESCENA VII.

LORENZO, *el* DUQUE.

DUQUE. Y bien, Lorenzo?

LOREN. Os estaba aguardando, como habiamos convenido.

DUQUE. Y Luisa?

LOREN. No la ha encontrado vuestra Alteza?

DUQUE. No.

LOREN. Es raro, por que acaba de salir ahora mismo. Habrá bajado por una escalera mientras subiais por la otra.

DUQUE. Estás contento?

LOREN. Encantado, Monseñor.

DUQUE. De veras? Y cuando la veré?

LOREN. A las cinco irá á pedir á vuestra Alteza permiso para ver á su padre.

DUQUE. Magnífico!

LOREN. La pobre jóven se asusta de una visita á solas, y pide que por la primera vez su primo Lorenzino este presente.

DUQUE. Le concedo su peticion.

LOREN. Esta vez es preciso que hagais de Scipion; si quereis que vuelva, es preciso que no la causeis miedo.

DUQUE. Sea, si me ofreces no hacerme esperar mucho.

LOREN. Seis ó siete horas de intérvalo de una á otra entrevista; os parece razonable?

DUQUE. Cómo! volveré á verla esta misma noche?

LOREN. Esta misma noche.

DUQUE. Pardiez, eres muy á propósito para estos negocios.

LOEEN. Os prevengo, Monseñor que ella cree que me encontrará en la cita. Me he visto precisado á inventar una historia para que la pobre paloma se decida á ir de noche.

DUQUE. Cómo, irá ella?

LOREN. Todo está arreglado. El Húngaro irá á buscarla con un billete de vuestro servidor; la hará dar una vuelta, y para que no conozca que entra en palacio, la conducirá por la callejuela adonde cae la escalera secreta de vuestra cámara Verde, el mas retirado de vuestros aposentos y del cual tendreis la bondad de darme una segunda llave.

DUQUE. Luego tú te encargas de todo?

LOREN. Sí; cenad con tranquilidad, poneos vuestros mas ricos

vestidos y vuestros guantes mejor perfumados; yo iré á buscaros cuando sea ocasion.

DUQUE. (*Riendo.*) Es preciso convenir en que eres un grande hombre, Lorenzino.

LOREN. Y vos un Príncipe muy feliz, Monseñor.

DUQUE. (*Yéndose con Lorenzo.*) A propósito. Y aquel cómico con quien te dejé esta mañana, tiene talento?

LOREN. (*Con intencion.*) Oh! es un gran artista, que cuento presentar á vuestra Alteza para que le oiga una gran escena. Ya vereis, ya vereis! (*Vánse riendo.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

El teatro representa una prision cuyas paredes están descascaradas, y en un estado de completo deterioro: al frente á cada lado una ó dos columnas que sostienen la boveda; en el fonda una gran verja que comunica con la puerta de salida.

ESCENA PRIMERA.

FRAY LEONARDO *recostado en una columna, á la derecha del espectador.* VITTORIO *sentado en un escaño y escribiendo su nombre en la pared con un clavo.* BERNARDO CORSINI, *y otros le están mirando.*

FRAY. Qué es lo que haces Vittorio?

VITTO. (*Con emocion.*) Ya lo veis, padre mio, escribo mi nombre al lado de los mártires que nos han precedido, y que nos esperan en el cielo. Estas paredes serán un dia el libro de oro de Florencia. Hé aquí los del viejo Jacobo de Pazzi, de Gerónimo Sadonarole, y de Nicolás Carducci. Oh! ved, ved qué bella guardia de nobles fantasmas, debe tener allá arriba la libertad. (*Levantándose.*) A tu vez Corsini.

CORSINI. Gracias, Vittorio; porque el que hoy tiene un pequeño lugar en estas paredes, le tendrá mañana muy grande en la historia. (*Escribiendo.*) Bernardo Corsini, muerto por la libertad.

ESCENA II.

DICHOS, *y* STROZZI.

CORSINI. (*A Strozzi que acaba de entrar, y que se acerca lentamente,*) A tí Strozzi.

STROZZI. (*Tomando el clavo y escribiendo.*) Dios me guarde de aquellos en quien mi corazon confia, que yo lo haré de los que tenga desconfianza.

VITTO. El consejo es bueno, Strozzi, pero tiene el defecto, de que dado por las paredes de una cárcel, llega demasiado tarde. (*Varios van tomando subcesivamente el clavo, y escriben sus nombres.*)

FRAY. Y bien, Strozzi?

STROZZI. Padre mio, no les he dado gran trabajo.

FRAY. Lo has dicho todo?

STROZZI. Que les podia decir que no supiesen? Strozzi habia salido de Florencia que era esclava, y volvia á entrar para qüe fuese libre. Hé aqui todo lo que tenia que decir.

FRAY. Strozzi; Dios no olvida nunca las buenas causas, su reino es el de los mártires. Procurar que á la hora de la muerte el santo nombre del que os espera en el cielo se una á los de los que echais de menos en la tierra.

STROZZI. Padre mio, he sido tantas veces engañado durante mi vida, que casi no acierto á fiarme ni aun de la muerte.

FRAY. Qué decis, Strrozzi; desgraciado de aquel que despues de haber sufrido en la tierra no espera su recompensa en el cielo! Strozzi, la muerte no es nada cuando se muere con la fé en el corazon.

STROZZI. Cómo quereis que conserve esa fé, cuando he visto caer en los campos de batalla, morir sobre el cadalso, y perecer á impulsos del veneno, en el hogar doméstico, todo lo que habia de noble y grande entre nosotros?

FRAY. Dios nos da el ejemplo de la paciencia. Aceptémosle.

ESCENA III.

DICHOS, *un* CARCELERO, *y despues* LUISA.

CARCEL. Ha salido Felipe Strozzi del interrogatorio?

STROZZI. Quién lo pregunta?

CARCEL. Una jóven que trae órden para hablar media hora con él.

STROZZI. Luisa! sin duda es Luisa!

LUISA. (*Saliendo.*) Sí, padre mio, sí. (*Vase el Carcelero.*)

STROZZI. Oh! hija mia, tu presencia me hace temblar! De quién has conseguido el permiso para verme?

LUISA. Del mismo Duque.

STROZZI. Y cómo lo has obtenido?

LUISA. He ido á buscarlo.

STROZZI. A dónde?

LUISA. A su palacio.

STROZZI. (*Agitado.*) Al palacio del Duque!

FRAY. Strozzi, sed hombre. Dime, ha sido tu pureza, el precio de ese permiso? Responde, Luisa, responde. .

LUISA. Dios sabe que no merezco lo que me estais diciendo. No he estado sola, padre mio; Lorenzo estaba allí, cerca del Duque, y Lorenzo no nos ha dejado.

STROZZI. Asi pues, ni una condicion infame.

LUISA. Nada, padre mio, nada; os lo juro por el alma de mi madre! Me arrojé á sus piés pidiendo el permiso de veros; hablaron algunas palabras en voz baja, y el Duque firmó un papel que me ha entregado, despues de lo cual, he salido sin tener que avergonzarme mas que de sus miradas.

SFROZZI. Está bien, Luisa. Dios te ha dado fuerzas, no es cierto? asi pues, creo que te se podrá hablar como á una mujer.

LUISA. Dios mio! me haceis temblar!

STROZZI. Conoces al hombre que pide mi cabeza?

LUISA. Os han condenado, padre mio!

STROZZI. (*Vacilando.*) Aun no, pero indudablemete lo seré. Piensa que el sentenciado, no solo debe morir como hombre sino tambien como cristiano...

LUISA. Qué quereis que haga, padre mio.

STROZZI. Luisa, cuando veas levantar mi cadalso; cuando sepas que me dirijo al suplicio, júrame que no darás un paso hácia ese hombre para salvarme.

LUISA. (*De rodillas.*) Padre mio, os lo juro.

STROZZI. (*Inclinándose hácia ella, y poniéndole las manos en la cabeza.*) Es que no es esto todo, hija mia. El peligro que te amenaza durante mi agonía puede sobrevenir á mi muerte.

LUISA. (*Con terror.*) Padre mio!

STROZZI. Luisa, prefieres morir jóven y pura á vivir en la vergüenza y el deshonor?

LUISA. Oh! sí, sí, mil veces, Dios es testigo.

STROZZI Pues bien, si alguna vez estás en poder de ese hombre sin encontrar ningun medio de librarte...

LUISA. (*Con ansiedad.*) Acabad!

STROZZI. (*Sacando un pomito.*) Toma, en este pomito está la libertad, el honor... creo que me comprendes; tómalo, Luisa, y acuérdate que eres la hija de Strozzi.

LUISA. (*Toma el pomo.*) Haré lo que deseais, padre mio, os lo juro, si llegase ese momento apuraré serena hasta la última gota.

STROZZI. (*Abrazándola.*) Gracias, hija mia; moriré tranquilo.

FRAY. Dios mio! tú que escuchas este juramento, no permitirás que se cumpla.

ESCENA IV.

DICHOS, EL CARCELERO, LORENZINO *enmascarado.*

Lorenzino entra al mismo tiempo que el carcelero, mientras que este se adelanta, él se queda en medio del teatro. Todos se apartan de él.)

CARCEL. (*A Strozzi.*) Ya ha trascurrido la media hora del permiso. (*A Luisa.*) Es preciso que salgais.

LUISA. Tan pronto.

STROZZI. Adios, hija mia, y el cielo te bendiga.

LUISA. Oh! un instante mas!

CARCEL. Es imposible!

STROZZI. (*Abrazándola.*) Adios!

LUISA. (*Llorando.*) Adios, padre mio!

FRAY. Hija mia! hasta que nos reunamos en el cielo.

STROZZI. (*Con desesperacion.*) Dios mio! Dios mio!

FRAY. (*Abrazándole.*) Valor! (*Aparte.*) Infeliz padre.

LOREN. (*A Luisa que pasa á su lado.*) Luisa.

LUISA. Ah! Lorenzo! (*Hace un movimiento para volverse.*)

LOREN. Hasta la noche.

LUISA. Hasta la noche. (*Váse seguida del carcelero.*)

ESCENA V.

DICHOS *menos* LUISA Y EL CARCELERO.

VITTO. (*Dirigiéndose á Lorenzino.*) Quién eres tú que te introduces entre nosotros? Algun espía de Mauricio, algun esbirro del Duque?

CORSINI. Si eres alguno de sus verdugos, estamos dispuestos á sufrir el tormento.

VITTO. Habla, sepamos de una vez quién eres? qué traes?

LOREN. (*Lorenzo quitándose la careta.*) Vengo anunciaros que estais condenados, y que al amanecer sereis ejecutados.

TODOS. (*Retrocediendo.*) Lorenzino!

STROZZI. (*Levantándose*) Lorenzino!

CORSINI. Qué quieres?

VITTO. Qué buscas?

LOREN. (*Con desden.*) Y qué os importan á vosotros que nada os resta en el mundo mas que rezar y morir?

FRAY. (*Con solemnidad.*) Lorenzino, bajas á las catacumbas para insultar á los mártires? Dí, qué vienes hacer aquí?

LOREN. Pronto lo sabreis, pues á vos es á quien busco.

FRAY. Qué me quereis?

LOREN. Decid á todos esos hombres que se aparten, pues os tengo que hablar á solas.

FRAY. Por qué?

LOREN. Porque yo tambien estoy en peligro de muerte, y tengo que confiaros un secreto.

FRAY. (*Con estrañeza.*) A mí?

LOREN. Sí, á vos.

FRAY. Y por qué á mí y no á ningun otro?

LOREN. Porque estais sentenciado, ó lo vais á ser; porque vos y vuestros compañeros, todos sereis perdidos si se sabe alguna cosa.

FRAY. (*A los demas.*) Hermanos, retiraos.

LOREN. Padre mio; hace dos años que he vuelto de Roma á Florencia, la dejé, si no feliz, al menos tranquila, y la he encontrado triste y bañada en la sangre de sus hijos. He recorrido los diversos cuarteles de la ciudad; he preguntado en las chozas del pobre y en los palacios de la nobleza; me he mezclado con los humildes obreros y con los orgullosos patricios; una sola voz, semejante á un gemido inmenso se eleva por todos lados acusando al duque Alejandro. Unos le piden sus tesoros, otros su honor, este un padre, aquel un hijo... Todos lloran, todos se lamentan, todos acusan, y yo me dije: no es justo que un pueblo entero sufra asi la tirania de un solo hombre. Entonces eché una mirada á mi alrededor, ví la afrenta en todos los semblantes, el terror en todos los corazones, la corrupcion en todas las almas Busqué al-

go en que apoyarme, y ví que todo se doblaba bajo mi mano. La delacion estaba en todas partes, dentro y fuera, penetraba en el hogar doméstico y corria por las plazas públicas. Comprendí entonces que el que quisiera conspirar no tenia que contar con otro cómplice que con su propio pensamiento. Pensé que semejante á Bruto, debia cubrirse con un velo tan espeso, que ninguna mirada humana pudiese penetrarlo. Lorenzo se convirtió en Lorenzino.

FRAY. Continúa, hijo mio, continúa.

LOREN. Era preciso llegar hasta el Duque; era preciso que desconfiase de todos, y que depositase en mí solo toda su confianza. Yo me convertí en su cortesano, su criado, su bufon! obedecí sus órdenes, previne su voluntad, y me adelanté á sus deseos. Durante dos años, Florencia me ha llamado traidor, cobarde é infame; durante dos años el menosprecio de mis conciudadanos, ha pesado sobre mí como la piedra de un sepulcro! Durante dos años todos los corazones han dudado de mí, escepto uno. Durante dos años, no he encontrado ni una sola ocasion para ejecutar mi proyecto. Pero la prueba ha salido bien, el término de mi penosa carrera se acerca, y dentro de dos horas el tirano habrá dejado de existir.

FRAY. Habla bajo, habla bajo.

LOREN. El Duque es astuto y valiente. Tratando de salvar á Florencia puede sucumbir á mi voz. Ahora que lo sabeis todo parto á cumplir mi mision. (*Se adelanta hácia el fondo, y viendo que los primeros le cierran el paso, esclama.*) Paso, señores, paso.

VITTO. Y si no quisiéramos abrirte paso; y sí al verte entre nosotros quisiéramos vengarnos de tí, ahogándote en nuestras manos, ó ahorcándote con nuestras cadenas?

TODOS. Muera el traidor, muera el infame.

CORSINI. Perezca el que nos ha vendido.

LOREN. (*Con dignidad y echando mano á la espada.*) Abridme paso!

FRAY. Lorenzino, es el último sufrimiento de tu pasion, es la última espina de tu corona! (*A los demas.*) Hermanos, dejad pasar á ese hombre.

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Habitacion adornada de oro y tapiceria: al fondo una gran chimenea del renacimiento, superada por las armas de los Médicis: á la izquierda, en el primer bastidor, una puerta que conduce á una escalera; en el segundo del mismo lado otra que da á un gabinete: entre ambas puertas el retrato del Duque Alejandro, á la derecha una ventana y otra puerta; en el fondo al lado de la chimenea un lecho suntuoso cubierto de colgaduras.—Al levantar el telon el teatro estará iluminado solamente por el fuego de la chimenea.

ESCENA PRIMERA.

LORENZO, MIGUEL.

LOREN. (*Conduciendo á Miguel con los ojos vendados.*) Está bien, Miguel, has sido puntual á la cita.

MIGUEL. Y vos tambien puntual en la hora. (*Se descubre.*)

LOREN. No era fácil que me olvidase, porque hace dos años que aguardo este instante.

MIGUEL. Ah! estais próximo á satisfacer vuestra venganza?

LOREN. Dentro de una hora la habré satisfecho.

MIGUEL. Cuán dichoso sois! Vengarme y morir, es todo cuanto anhelo...

LOREN. Segun eso has entrado en Florencia con el solo fin de matar al Duque Alejandro?

MIGUEL. Ese es mi único deseo.

LOREN. Conservas aun la misma intencion?

MIGUEL. Mas que nunca.

LOREN. De modo que ni el oro, ni las súplicas, ni las amenazas, te harían renunciar á tu proyecto?

MIGUEL. He hecho el juramento de matarle, sin piedad y sin misericordia.

LOREN. Con que es cierto cuanto me has contado?

MIGUEL. La verdad desnuda.

LOREN. Con que era hermosa aquella jóven?

MIGUEL. Hermosa como un ángel!

LOREN. Cómo decis que se llamaba? He olvidado su nombre.

MIGUEL. Nella.

LOREN. Nella!.. Me parece que ha muerto la noche última, en el convento de Santa María una religiosa que llevaba ese mismo nombre.

MIGUEL. Era ella.

LOREN. A qué edad ha muerto?

MIGUEL. A los diez y ocho años.

LOREN. Bien jóven era!

MIGUEL. Era demasiado vieja, puesto que hacia dos años que la deshonra y la afrenta habian empañado su inocencia y marchitado su pureza: pero, basta de mí, basta de ella; hablemos de vos. Me habeis hecho venir para ayudaros á matar á uno, y me habeis prometido dejarme libre en seguida... Pues bien, quién es ese hombre que sirve de precio su sangre, para que compre mi venganza? Nombrádmelo, pues estoy pronto.

LOREN. No tengo necesidad de nombrarlo. Ya le verás.

MIGUEL. Entonces le conozco?

LOREN. Sí.

MIGUEL. Es amigo, ó enemigo?

LOREN. Tienes muy mala memoria, Miguel... Me has nombrado cuatro hombres que estaban allí en aquella noche fatal, y te he dicho que aquel de quien tenia que vengarme era uno de los cuatro.

MIGUEL. Sí, es verdad, con eso basta.

LOREN. Entonces, escucha mis últimas instrucciones.

MIGUEL. Escucho.

LOREN. Dentro de poco vendrá una jóven.

MIGUEL. A este cuarto?

LOREN. Sí.

MIGUEL. Y luego...

LOREN. Es preciso que no te vea, ni te oiga, y que ignore que estás aquí.

MIGUEL. En dónde me ocultaré?
LOREN. Allí, en aquel gabinete.
MIGUEL. Y cuándo deberé salir?
LOREN. Cuando me oigas gritar; á mí, Miguel!
MIGUEL. Está bien.
LOREN. A mí, Miguel! Lo has entendido?
MIGUEL. Está bien, os digo.
LOREN. Hasta despues.
MIGUEL. Una palabra; en dónde nos encontramos?
LOREN. Enciende una vela y lo verás.
MIGUEL. Conozco este cuarto?
LOREN. Tal vez... Adios, Miguel.

ESCENA II.

MIGUEL.

Ha dicho que conozco á ese hombre, que tal vez conoceré este cuarto... Qué sospecha! En medio de los rodeos que me han hecho dar hasta conducirme aquí y á pesar de tener los ojos vendados, he creido mas de una vez tocar objetos conocidos. Sería este tal vez el palacio del Duque? Dios mio! si fuese cierto lo que me habia imaginado, si esa locura de Lorenzino fuese solo una máscara y conspirase contra el Duque... Si el hombre que vá á venir fuese él... Oh! Nella, Nella, esta sería demasiada felicidad... Salgamos de una vez de la duda (*Enciende una bugia en la chimenea, y vuelve á la escena.*) Oh! aquí fué! no me he engañado! Ah! Duque Alejandro, por fin voy á tenerte en mi poder... Ahora reunamos nuestras ideas. Me ha dicho que vendrá una jóven... Pobre víctima! que es preciso que me oculte en aquel gabinete para que no me vea! muy bien; desde él llamará cuando la ocasion haya llegado. Oh! con tal que no falte á lo pactado; con tal que el Duque venga... siento pasos! Suben la escalera... Si será él? (*Yendo al gabinete y observando desde la puerta.*) No, es la jóven.

ESCENA III.

LUISA, EL HUNGARO, MIGUEL *escondido.*)

HUNG. (*Enmascarado.*) Ya hemos llegado, aquí es donde debeis aguardar.

LUISA. (*Sentándose.*) Gracias!

HUNG. Deseais alguna cosa, señora?

LUISA. No; decid solamente al que os ha enviado, que estoy aquí esperando.

HUNG. Está bien, señora. (*Váse y cierra la puerta con llave. Se oye sonar la hora.*)

ESCENA IV.

LUISA, *escuchando.*

Las doce y media; las horas vuelan cual si fuesen instantes. Oh! Padre mio! cuando pienso que dentro de algunas horas!.. Lorenzo me ha dicho que estuviese tranquila, y sin embargo por la vez primera, no puedo descansar en su palabra; vengo á verle, y sin embargo estoy temblando. La noche está fria y oscura; además ese hombre me ha hecho pasar por infinitas callejuelas estrechas y sombrias, cual si temiera que reconociese el camino que me ha conducido aquí... Ese hombre no está al servicio de Lorenzo, pues su voz no es desconocida. (*Acercándose á la escalera y escuchando.*) Creí oir pasos, pero me engañé, todavía no es él! A qué sitio me ha hecho conducir? No conozco esta habitacion, es la primera vez que vengo á ella. Esta ventana da á la Via larga. (*Mirando la chimenea.*) Estas armas son las de los Medícis. (*Mirando un retrato de cuerpo entero.*) Este retrato es el del Duque Alejandro... Qué significa esto? una capa! La capa que llevaba hoy el Duque cuando fué á la celda de Fray Leonardo... sí, sí, la reconozco! Pero á dónde me han conducido, Dios mio! Estaré acaso en el palacio del Duque? Oh! sí, no me cabe duda; esta habitacion con estas armas, con esta capa y este retrato es la suya! Oh, Dios mio! Dios mio! vendida, vendida por él! Ah! una carta, escrita por Lorenzi-

no! «A su Alteza el Duque Alejandro.» Oh! me siento desfallecer! (*Lee.*) «Monseñor, cenad alegremente: acabo de ver á vuestra bella afligida; como lo habia previsto, ha cedido á la esperanza de salvar á su padre... La cita es á la una; irá á vuestra cámara Verde. Cinco de enero de mil quinientos treinta y seis.—Lorenzino.» La cámara Verde esta es, y las doce y media han sonanado. Oh! no me queda la menor duda, estoy vendida! Hé aquí por qué habia denunciado á mi padre. Vendida por él! por Lorenzino! mi padre tenia razon en desconfiar de él; Florencia hacia bien en llamarle monstruo infame! Yo, solamente yo, estaba loca creyendo en él. Despues de haber entregado al padre, entrega á la hija; al uno al cadalso, á la otra á la deshonra; y todo esto en nombre de su amor! Oh! esto es horroroso, es una infame cobardía! Tal vez haya algun medio. (*Corriendo á la puerta por donde entró.*) Cerrada! (*Yendo á la otra.*) Cerrada tambien! (*Da la una.*) La una, y el Duque debe venir á esta hora! Dios mio, qué hacer? Madre de los Angeles, tened piedad de mi... Oigo pasos! suben la escalera y me es imposible huir! Estoy perdida! (*Saca un pomo del pecho.*) Ah! padre mio, yo te doy gracias. (*Toma el veneno.*) Dios mio, perdonadme!

ESCENA V.

LORENZINO, LUISA *de rodillas*, MIGUEL *escondido.*

LOREN. (*Sale precipitadamente.*) Luisa, estás aquí?

LUISA. (*Echándose en sus brazos.*) Ah! Lorenzo!

LOREN. Héme aquí, nada temas; aguarda que cierre la puerta. (*Lo hace*) Oh Luisa! has sido noble y confiada hasta el fin; ahora sé fuerte porque van á suceder cosas terribles, y es preciso que seas testigo de ellas.

LUISA. Dios mio!

LOREN. Te he dicho que mañana tu padre estaria libre; te he dicho que dentro de ocho dias serias mi esposa; no habia mas que un medio para conseguirlo; matar al Duque... y el Duque morirá.

LUISA. Cuándo?

LOREN. Ahora mismo.

LUISA. Dónde?

LOREN. Aquí.

LUISA. Cielos!

LOREN. Silencio! estas son calamidades terribles que Dios envia algunas veces á los pueblos á quienes castiga, ó á los hombres á quienes prueba.

LUISA. Pero aquí, en este cuarto?...

LOREN. Sí.

LUISA. Y eres tú, Lorenzo, el que te has encargado de esa sangrienta mision?

LOREN. (*Exaltándose.*) Sí, yo soy el que vá á cambiar en un momento la faz de la Italia! Yo, que menospreciado esta misma noche por Florencia, seré mañana aclamado por ella... yo en fin, que de esclavo voy á convertirme en señor...porque tú lo sabes Luisa; muerto el Duque el trono es mio... Oh! Florencia, Florencia! Otra vez vas á gozar una vida noble y grande: los dias de tus artistas, de tus guerreros, y de tus poetas volverán á aparecer... serás todavia la patria de los Donatello y de los Miguel Angel; verás salir de nuevo los hijos de Farinata, de los Uberti y de los Juan de Médicis. Tal vez nacerá otro Dante, y aunque así no fuese, si el segundo te falta, consuélate, mi hermosa Florencia, porque es bastante el primero para hacer tu gloria tan grande como el mundo.

LUISA. Lorenzo!

LOREN. Sí, tu Lorenzo, tu esposo, tu amante, será el que haga todo eso... No me oyes... (*Luisa hace un movimiento de dolor.*) Oh! no temas, mis medidas están bien tomadas y no puede escáparse; sus servidores están lejos; vá á venir solo, y cuando entre saldrá un hombre cuyo corazon ha llenado de amargura como el mio; despues ya sabes lo que sucederá.

LUISA. (*Desfalleciendo.*) Dios mio!

LOREN. (*Con sobresalto.*) Ah! qué es lo que tienes? Por qué tiemblas? por qué la palidez se difunde por tus mejillas? Luisa, en el momento de ser dichosa, la fuerza que te ha sostenido te faltará para soportar tu felicidad?

LUISA. Nuestra felicidad, Lorenzo, huyó para siempre.

LOREN. Lo que me dices me causa miedo; qué ha sucedido?

LUISA. Lorenzo, perdóname!

LOREN. Perdonarte? qué falta puedes tú cometer que sea capaz de entibiar mi cariño, ángel puro del cielo?

LUISA. Lorenzo, al escucharte, al volverte á ver lo habia olvidado todo, pero la muerte no olvida.

LOREN. La muerte!

LUISA. Escucha, Lorenzo mio, ya sabes cuánto te amo?

LOREN. Sí, pero qué sucede?

LUISA. Al ver esta cámara y estas armas, y sobre todo al leer esta carta de tu letra, perdóname, Lorenzo, me he creido vendida y he dudado de tí.

LOREN. Tú, Luisa mia; no te he dicho que todo era un lazo para atraer aquí al tirano solo, sin séquito? Luisa, ya sabes que tú sola eres mi vida, y que en breve vas á ser dichosa...

LUISA. No, Lorenzo, porque te he dicho que si alguna vez dudaba, esta duda seria mi muerte.

LOREN. No comprendo.

LUISA. (*Mostrándole el pomo.*) Mira este pomo, está vacío.

LOREN. Dios mio! Dios mio! esto es un sueño, pero un sueño horrible... Quién te ha dado ese veneno?

LUISA. Mi padre.

LOREN. (*Con desesperacion.*) Oh! favor, socorro, socorro! á mí!

LUISA. (*Deteniéndole.*) Y el Duque?

LOREN. Qué me importa el Duque? Qué me importa el mundo? Qué me importa Florencia toda, cuando te voy á perder?

LUISA. Lorenzo, en nombre del cielo, detente; nos pierdes á todos sin poder salvarme. El Duque sabrá que le has hecho traicion, y la última esperanza de la Italia se habrá perdido... Ademas, conozco que voy á morir pronto, no me abandones, Lorenzo, no me dejes sola!

LOREN. No, no te abandonaré, pero cualquiera puede ir en mi lugar; ese hombre de que te hablaba y que está oculto aquí. A mí, Miguel.

MIGUEL. (*Saliendo.*) Aquí estoy, señor!

LUISA. Qué haces?

LOREN. Miguel, en nombre del cielo, tú que has amado tanto, tú que tanto has sufrido, Miguel, compadécete de mí! Luisa, este ángel que tú ves, se está muriendo, muriendo envenenada, es preciso salvarla!

MIGUEL. Y el Duque?

LOREN. Miguel, si cuando Nella se estaba muriendo, se hubiera puesto tu odio en balanza con tu amor, qué hubieras hecho?

MIGUEL. Oh! sí, sí, teneis razon, es preciso salvarla! (*Váse.*)

LOREN. Luisa, mi querida Luisa, un poco de valor, en breve volverá! Tal vez ese veneno no será mortal. Pero, Dios mio! cómo has podido dudar de mí?

LUISA. Ah! no me acuses. Lorenzo, mí único crímen es mi amor al morir por tí; mi solo pensamiento era que tu prometida se conservase santa y pura!

LOREN. Oh! maldicion! maldicion!

LUISA. Lorenzo, no blasfemes, muero en tus brazos y soy dichosa, muy dichosa, no llores por mí.

LOREN. No llorar por tí, cuando soñando con el cielo me voy á hundir en el infierno?... Y ese hombre no viene y el tiempo corre con indecible celeridad. Dios mio! Dios mio! mi Luisa vá á perecer sin que me sea posible salvarla. (*La hace recostarse en la cama.*) Luisa, Luisa mia!

MIGUEL. (*Entrando.*) Héme aqui ya!

LOREN. Gracias, Dios mio! (*Cae de rodillas junto al lecho.*)

MIGUEL. El Duque se acerca.

LOREN. (*Levantándose y corriendo las cortinas de la cama.*) Oh! el infierno me le entrega.

MIGUEL. Qué debo hacer?

LOREN. Ocultarte tras esas cortinas, hasta que entre ese hombre; despues ya sabes lo convenido, no haya piedad. (*Miguel se oculta tras de las cortinas del lecho de Luisa, lo cual quedará tambien oculta.*)

LUISA. Lorenzo! Lorenzo!

LOREN. Un solo momento, Luisa mia, y seré tuyo por toda una eternidad... Miguel, vela por ella, pues en tus manos está mi ventura!

MIGUEL. Fiad en mí.

DUQUE. (*Llamando por fuera.*) No hay nadie en este aposento?

LOREN. (*Abriendo.*) Sí tal, monseñor, os aguardaba.

ESCENA VI.

LORENZINO, EL DUQUE, LUISA *y* MIGUEL, *ocultos.*

DUQUE. (*Entrando.*) El húngaro me ha dicho que Luisa me aguardaba aquí, y viendo que no venias, me he dirigido en su busca. Dónde está Luisa! (*Mira alrededor suyo.*)

LOREN. (*Tomando al Duque por la mano.*) Aquí, duque Ale-

jandro, aquí! (*Descorre las cortinas que ocultan á Luisa.*) miradla, ahí la teneis!

DUQUE. Luisa mia! (*Vá á acercarse y retrocede.*) Dios mio! esa jóven está espirando!

LOREN. (*Volviendo á correr las cortinas.*) Duque Alejandro, tú eres su asesino! Ahora puedes figurarte lo que vá á ser de tí en este instante hallándote ante la presencia del hombre que te odia con la misma vehemencia que adoraba á Luisa... A ese ángel que pierde por tu causa.

DUQUE. (*Con sonrisa de desprecio.*) Qué oigo! tú osas amar á la que es objeto de mis desvelos, y lo que es mas aun, te atreves á amenazarme! ah! la cosa es nueva y curiosa.

LOREN. Te causa estrañeza, no es verdad, duque Alejandro? pues sabe que hace dos años que se ha resuelto tu muerte; la hora ha llegado y dentro de un instante el tirano habrá espiado sus execrables crímenes. (*Miguel se presenta armado de un puñal.*)

MIGUEL. Yo soy el ejecutor de la justicia del cielo.

DUQUE. (*Fuera de sí.*) Oh! miserables asesinos, me insultais indefenso... Pero yo me libraré; dónde está mi espada?

MIGUEL. Ya es tarde, Duque; tus víctimas te llaman, y es fuerza que las sigas.

DUQUE. Escúchame, te daré cien veces, mil veces mas del precio que te han ofrecido por mi muerte, si me dejas salir.

LOREN. (Miguel, acuerdate de Nella.)

MIGUEL. (*Al Duque.*) Oh! Dejarte salir de aquí, duque Alejandro! Tú no me has conocido, repara que soy Miguel, tu bufon, el amante de Nella á quien en esta misma cámara... No recuerdas lo que aqui pasó?

DUQUE. Oh! es preciso vender cara la vida; una espada, un puñal. (*Recordando.*) Ah! en ese gabinete están mis armas. (*Se dirige al gabinete seguido de Miguel.*)

LOREN. Miguel, no haya piedad para el verdugo de Nella.

DUQUE. (*Dentro.*) Oh! favor! socorro... miserable, me has muerto! (*Va á salir y cae muerto en el umbral. Miguel pasa por encima del cadáver.*)

LOREN. Muerto?

MIGUEL. Sí, el señor tenga piedad de tu alma. (*Se oye rumor y aparecen varios criados y guardias con luces.*)

LOREN. (*Saliendo á su encuentro.*) Qué rumor es ese?

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, GIOMO, *soldados*.

GIOMO. Dónde está el Duque?

LOREN. Miradle!

TODOS. Muerto!

MIGUEL. Y con él, muerta la tírania.

LOREN. Florentinos, ya sois libres; vuestro tirano ha espiado sus crímenes.

MIGUEL. (*Señalando á Lorenzino.*) Florencia, hé aquí tu libertador!

UNOS. Viva el libertador de Florencia!

OTROS. Viva.

LOREN. (*Arrojándose en los brazos de Miguel.*) Sí, sí, Florencia es libre, cuando su libertador es esclavo de la fatalidad. Qué me importa Florencia, que me importa la gloria si mi Luisa no existe?

MIGUEL. (*Haciendo salir á Luisa detrás de la cama.*) Sí, Lorenzo, Luisa vive todavía para tu amor; el antídoto llegó á tiempo, y el que dió la muerte al verdugo ha dado la vida á la víctima. Sed felices, dichosos amantes! Viva Lorenzino!

TODOS. Viva! viva Florencia!

OTROS. Viva!

LOREN. (*Abrazando á Luisa y á Miguel.*) Miguel, Luisa mia, venid á mis brazos!

LUISA. Lorenzo, corramos á libertar á mi padre.

LOREN. Sí, sí, corramos esposa mia; ahora puedo darte ese nombre por que el cielo bendice nuestra union.

LUISA. Oh! sí, sí.

LOREN. De hoy mas, todo por mi patria y por mi amor; todo para mi patria y para mi amor. Florentinos, viva la libertad!

TODOS. Viva la libertad! viva el libertador de Florencia.!!!

FIN.

GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Examinada por el Censor de turno y de conformidad con su dictámen puede representarse. Madrid 3 de Diciembre de 1853.

ZARAGOZA.

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Líricas de la Galeria

EL TEATRO.

gela.
ctos de odio y amor.
anos del alma.
ar despues de la muerte.
mejor cazador...
que quieren las cosas.
or es sueño.
abo de los años mil...
con.
za de herencias.
za de cuervos.

ito viaje.
dicea, *drama heróico.*

razon y sin razon.
izares y Guevara.
o se rompen palabras.
s suyas.
spirar con buena suerte.
mes, parientes y amigos.
cual ama á su modo.
nero y Capitan.

Sancho el Bravo.
Bernardo de Cabrera.
udaces es la fortuna.
sobrinos contra un tio.

nillo del Rey.
mor y la moda.
al de cachemira.
aballero Feudal.
nas de una flor.
n ángel!
de agosto.
e bobos anda el juego.
condido y la tapada.
angas de camisa.
loca!
gor de las desdichas, ó Don
rmógenes.
ranza.
ran Duque.
éroe de Bailen, *Loa y Coro-*
Poética.
risis!!!
cenciado Vidriera.
plicio de Tántalo.
sticia de Aragon.

El Veinticuatro de Febrero.
El Caballero del milagro.

Faltas juveniles.
Flor de un dia.

Hacer cuenta sin la huéspeda.
Historia china.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.

Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Juana de Arco.
Judit.
Jaime el Barbudo.
Jorge el artesano.

Los Amantes de Teruel.
Los Amantes de Chinchon.
Los Amores de la niña.
Las Apariencias.
La Banda de la Condesa.
La Baltasara.
La Creacion y el Diluvio.
La Esposa de Sancho el Bravo.
Las Flores de don Juan.
La Gloria del arte.
Las Guerras civiles.
La Gitanilla de Madrid.
La Hiel en copa de oro.
La Herencia de un poeta.
Lecciones de Amor.
Lorenzo me llamo y Carbonero de Toledo.
Llueven hijos.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españoles, ó la linda vivandera.
La Madre de san Fernando.
La Verdad en el Espejo.
La Boda de Quevedo.
La Rica-hembra.
Las dos Reinas.
La Providencia.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
Las Prohibiciones.
La Campana vengadora.

La Archiduquesita.
La voz de las Provincias,
La libertad de Florencia.

Mal de ojo.
Mi mamá
Misterios de Palacio.

Nobleza contra Nobleza.
Negro y Blanco.
Ninguno se entiende.
No hay amigo para amigo.
No es la Reina!!!

Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Pescar á rio revuelto.
Por la puerta del jardin.

San Isidro *(Patron de Madrid)*
Su Imagen.

Tales padres, tales hijos.
Trabajar por cuenta ajena.
Traidor, inconfeso y mártir.

Un Amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Una llave y un sombrero.
Una leccion de córte.
Una mujer misteriosa.
Una mentira inocente.
Una noche en blanco.
Un paje y un caballero.
Una falta.
Ultima noche de Camoens.
Una historia del dia.
Un pollito en calzas prietas
Un sí y un no.
Un Huesped del otro mundo.
Una bróma de Quevedo.
Una venganza leal.

Verdades amargas.
Vivir y morir amando.
Virginia.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

El ensayo de una ópora.
Mateo y Matea.
El sueño de una noche de verano.
El Secreto de la Reina.
Escenas en Chamberí.
A última hora.
Al amanecer.
Un sombrero de paja.
La Espada de Bernardo.
El Valle de Andorra.
El Dominó Azul.
La Cotorra.
Jugar con fuego.

El estreno de un artista.
El Marqués de Caravaca.
El Grumete.
La litera del Oidor.
Gracias á Dios que está puesta la mesa.
La Estrella de Madrid (*Su música.*)
Tres para una.
La Cisterna encantada.
Carlos Broschi.
Galanteos en Venecia.
Un dia de reinado.

La Caceria real.
El Hijo de familia, ó el la voluntario.
Los jardines del Buen Reti
El trompeta del Archiduqu
Moreto.
Loco de amor y en la cort
Los diamantes de la Coron
Catalina.
La noche de ánimas.
Claveyina la Gitana.
La familia nerviosa, ó el s omnibus.

La Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm cuarto segundo de la izquierda.